

San José, Costa Rica 1927 Sábado 16 de Julio

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *La misión internacional de España*, por «Un soldado del 98».—*Esta obra*, por Justo A. Facio.—*Mi Mensaje a la Juventud (II)*, por Santiago Argüello.—*El cuarto de hora de Rabelais*, por José Rafael Pocaterra.—*La ideología de Rainer Maria Rilke*, por Mario Santa Cruz.—*Baedeker ilusionado*, por Regino E. Boti.—*La mitra en la mano (Cap. VIII)*, por R. Blanco-Fombona.—*Federico García Sanchiz en América*, por Moisés Vincenzi.—*El hijo de Joao Cândido*, por Joaquín Edwards Bello.—*Magda Portal pone al descubierto la fealdad de la tiranía que azota al Perú*.—*Las maestras humildes*, por Rafael Heliodoro Valle.—*Mater inviolata*, por Ada Negri.

MI propósito al escribir estas notas es tratar de demostrar que una política prudentemente inspirada en los principios del Pacto de la Sociedad de las Naciones vendría a ser una prolongación de la típica modalidad espiritual con que el genio hispánico se manifestó en el pasado, y la más alta etapa en el proceso evolutivo de la misión histórica que el Destino parece haber asignado a nuestra raza.

Para darles autoridad, voy a apoyar mis argumentos en el fruto de las meditaciones de dos de las mentalidades peninsulares a quienes, por general consenso de las generaciones contemporáneas, mayor clarividencia se reconoce en el obsesionante tema de la grandeza y decadencia de la civilización española.

Aludo, naturalmente, a J. P. Oliveira Martins y a Angel Ganivet<sup>1</sup>.

**La profecía de Oliveira Martins.**—«¿Qué papel—se pregunta el historiador portugués—qué papel destina a la Península el porvenir, y cuál será la fisonomía de esas futuras edades?»

«La historia—responde—no es una profecía; pero el estudio detenido de las edades que fueron, permite ver frecuentemente las probabilidades futuras; y cuando a través de todas las crisis, en medio de los ambientes más sistemáticamente adversos, observamos que el heroísmo peninsular supo vencerlo todo con su indo-

1. Téngase presente que en este escrito el nombre de España es, como en la obra de Oliveira Martins, sinónimo del latino *Hispania*. Cuanto aquí se dice refiérese, por lo tanto, igualmente a Portugal. Y tratándose de la orientación internacional de la raza, gran parte de ella es también, naturalmente, aplicable a las Repúblicas ibero-americanas.

## La misión internacional de España Una exégesis

Ginebra, 21 de abril, 1927.

Señor Director de REPERTORIO AMERICANO.

San José, Costa Rica.

Distinguido señor: Adjunto me permito remitirle un artículo mio recientemente aparecido en *El Sol de Madrid* y que me agradaría mucho ver reproducido en su benemérita Revista.

Rogándole me honre accediendo a mi deseo—cuyo objeto es difundir entre las juventudes de la América hispánica el ideal racial que en esas cuartillas trato de exponer—me suscribo su respetuoso admirador que le encia un cordial saludo.

«UN ESPAÑOL DEL 98».

mable energía, debemos esperar que el papel de *apóstoles de las futuras ideas* está reservado a los que fueron los apóstoles de la antigua idea católica. La independencia de los caracteres individuales y la nobleza del carácter colectivo, dieron y han de dar a España, cuando vuelvan sus áureos tiempos, ese *aspecto monumental y soberano* que la distingue en el mundo.»

Retengamos de este párrafo, extraído del último capítulo de la *Historia de la Civilización Ibérica*, las dos ideas subrayadas: los españoles serán los apóstoles de las futuras ideas; la obra de España volverá a tener aspecto monumental y soberano. Tal es la profecía con que el más agudo interpretador de nuestra historia que ha producido la Península, después de un penetrante análisis del genio hispánico, cierra su luminoso y tonificante libro. Son pues dos ideales que los que nos preocupamos del porvenir español debemos tomar muy en serio para desentrañar su significado y descubrir como

podemos contribuir mejor al engrandecimiento nacional.

**La catolicidad del genio hispánico.**—El genio de la raza se ha mostrado al mundo ya dos veces con ese aspecto monumental y soberano que nos recuerda Oliveira Martins. Las dos veces se ha propuesto como meta de sus ansias, como ideal que hizo vibrar unánime a toda la población peninsular y por cuyo consecución ésta derramó a torrentes su sangre, la conquista de una unidad espiritual para el mundo en que actuaba. Las épocas

históricas que vieron esas gloriosas gestas de la raza exigían que la unidad espiritual se confundiese con la unidad religiosa. En la primera, el esfuerzo ocho veces secular vióse definitivamente coronado por el más completo éxito. El catolicismo quedó para siempre asegurado, como religión única, en la Península. Y hermana suya, en el campo político, fué la unidad nacional. En la segunda época, muchísimo más corta en el tiempo pero de aspiración inmensamente más alta, aunque la victoria resultó incompleta, el empeño también dió frutos monumentales. Carlos V y Felipe II fracasaron en su ambiciosa empresa de unificar religiosamente a Europa; pero impusieron diques infranqueables a la Reforma y plantaron en el continente recién descubierto por sus súbditos la triple unidad perdurable de temperamento, religión y lengua.

¿Ha de terminar ahí la aspiración unificadora, la tendencia católica, en el más amplio sentido de esta palabra, del genio de la raza? Si el pueblo español—cuando en su voluntad surgió un ideal común lo sufi-

cientemente excelso para avasallar a su individualismo legendario, transformándolo en admirable instrumento de la acción colectiva—se reveló, como elemento histórico universal, con una concepción peninsular, y su imperialismo fué luego dos veces continental. ¿no es lógico trabajar porque avance en su evolución y se proponga como etapa suprema de su misión étnica la unidad espiritual del globo? Los momentos históricos en que pudo ser legítimo aspirar a la unidad religiosa universal pasaron para no volver. En nuestro tiempo, en cambio, abundan las pruebas de que el mundo ansía una unidad que el pensamiento juzga asequible y necesaria para que el hombre pueda al fin, en el sosiego de una paz garantizada por la justicia, gozar una vida más digna de sus nobles facultades. Esa unidad a que el mundo moderno aspira—y cuyos atisbos precursores se descubren, para honra nuestra, en las especulaciones de los teólogos españoles del siglo XVI—es la unidad jurídica internacional; unidad que en cierto modo ya estuvo casi lograda en la Europa medieval, gracias al derecho romano y al canónico; pero que ahora es necesario asentar sobre bases nuevas, en armonía con las exigencias vitales de las grandes y complejas comunidades en que se halla fraccionada la especie humana. Esas bases bien pueden ser los principios que encierra el Pacto de la Sociedad de las Naciones. Y España más que ninguna otra nación, dado su ingénito impulso, parece ser la llamada a erigirse en campeón de la construcción de esa unidad espiritual mundial.

**Las ideas de Ganivet.**—El *Idearium Español* de Angel Ganivet fué inspirado por la misma angustiosa preocupación que años antes había movido a Oliveira Martins a escribir su *Historia*: el ansia de escudriñar los nervios motores del genio peninsular, descubrir las causas de su decadencia y otear los futuros destinos de la raza. Fijémonos solamente en su mensaje por lo que respecta a este último punto, para ver si cuadra con la profecía del pensador portugués y con la visión que yo me he llegado a formar de lo que debiera ser la política internacional de España.

«Nuestro papel histórico—afirma el escritor granadino—nos obliga a transformar nuestra acción de material en espiritual. España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, despartamándose por extensos

territorios y es la primera que tiene ahora que trabajar en una *restauración política y social de un orden completamente nuevo*; por tanto su situación es distinta de las demás naciones europeas y no debe de imitar a ninguna, sino que tiene que ser ella la *iniciadora de procedimientos nuevos*, acomodados a hechos nuevos también *en la historia*. Ni las ideas francesas, ni las inglesas ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores, más adelantados en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar a perderlas) nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver *cuál dirección* le está marcada *por sus intereses actuales y por sus tradiciones*.

»El problema político que España ha de resolver—continúa—no tiene precedentes claros y precisos en la historia. Una nación fundadora de numerosas nacionalidades, logra tras un largo período de decadencia reconstituirse como fuerza política animada por nuevos sentimientos de expansión; ¿qué forma ha de tomar esta segunda evolución para enlazarse con la primera y no romper la unidad histórica a que una y otra deben subordinarse? Porque aquí la unidad no es un artificio, sino un hecho; el artificio sería contar con la tradición y pretender comenzar a vivir nueva vida como si fuéramos un pueblo nuevo, acabado de sacar del horno.

»Si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, e infundir en ellos *el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales*, cumpliríamos *una gran misión histórica*, y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos solamente *en beneficio de una idea generosa*, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por *nuestros propios intereses*.

¿No es, en verdad, impresionante el tono rotundo y coincidente con que el investigador español y el portugués auguran un porvenir grandioso a nuestra raza?

«Apóstoles de las futuras ideas,» nos proclama Oliveira Martins. España—escribe Ganivet—está llamada a ser «la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados a hechos también nuevos en la historia.» Ante semejante afirmación de fe no creo gratuito suponer que esos dos grandes hombres, de haber vivido en nuestros días, no hubieran podido dejar de apreciar las

oportunidades que para la realización de su destino histórico ofrece a España la institución de Ginebra.

**El Imperio hispánico representa un grado de evolución sin semejante en la historia.**—Apunta el pensador granadino, por otra parte, una idea que considero original y que, pareciéndome exactísima, ahonda más mi creencia en el trascendental papel que la raza hispánica puede jugar en Ginebra no solamente «en beneficio de una idea generosa sino también de sus intereses propios». Me refiero a la idea de que la política exterior que España ha de desarrollar no tiene precedentes claros en la historia y, por consiguiente, no es posible buscarle inspiración en la de ningún otro pueblo antiguo ni moderno. La actuación extranjera de España, para estar acorde con su genio y su situación en el mundo, tiene que ser marcadamente imperial, dando a esta palabra el sentido noble de gestión ecuménica. Pero es el caso que ninguna de las políticas imperiales que han existido o existen en la tierra pueden servirnos de modelo, pues no hay ningún Imperio que halle o se haya hallado en condiciones idénticas al representado actualmente por nuestra raza.

España, en efecto, es matriz de un Imperio material que consumió, hace un siglo, el ciclo fatal de todo imperio: la disgregación en nuevas nacionalidades. Pero es una metrópoli que se mantiene aún viva, y por hipótesis—si logra su vigorización material y cultural—todavía pujante y con ansias de actuación mundial. Estas circunstancias hacen de ella un caso único en la historia. Los grandes Imperios del pasado nada útil pueden enseñarnos para resolver nuestro peculiar problema. Ninguno de ellos alcanzó el grado de evolución a que ha llegado el nuestro. Asiria, Babilonia, Persia, Egipto... Roma misma y sus bárbaras hijuelas, se deshicieron íntegramente. Desaparecieron las naciones que los habían engendrado, y hoy sólo son Imperios de bibliotecas y museos.

En cuanto a los Imperios vivos, todos ellos se encuentran en momentos de desarrollo inferiores al actual del español. El de la Gran Bretaña—el más avanzado de todos—está atravesando una admirable etapa de fluída madurez nunca alcanzada por el nuestro, es verdad; pero que es anterior a la emancipación total de las partes, y, por consiguiente, evolutivamente más atrasada. Los restantes representan matices diversos, pero muy alejados todavía de la fase última del ciclo del Imperio material. El imperialismo norteamericano se halla en el pleno goce de su juventud. Otro tanto puede decirse del ni-

pón. El francés y el holandés están en la adolescencia. Alemania es un Imperio que, al iniciar su desarrollo, ha recibido un rudo golpe; por el momento está aturdido, pero seguramente recobrará sus fuerzas y continuará su crecimiento. Rusia es, por ahora, como la China, un experimento.

Italia viene a ocupar en la escala de las gradaciones imperiales, un punto simétricamente opuesto al de España. La situación internacional de España resulta perfectamente clara si se compara con la de esa otra nación mediterránea. Cualquier arenga de Mussolini en que se aluda a una posible expansión territorial despierta entusiasmos populares en Italia. ¿Qué político, en España, se atrevería a abogar hoy por la conquista, ni aun pacífica adquisición, de nuevas tierras? Todos los principales esfuerzos de nuestros Gobiernos en lo que va de siglo han tenido que concentrarse en evitar que el pueblo español, con su decidida rebeldía para las aventuras militares que tan cruelmente lo han sangrado, imponga el abandono de Marruecos, ese póstumo brote de un Imperio colonial cuya custodia exige una actitud mental y sentimental de que nos despojamos definitivamente los españoles en 1898. La postura italiana es pre-imperialista; la española post-imperialista. En Italia, el Imperio material es un anhelo instintivo del alma popular; en el alma española, por el contrario, no es más que el recuerdo orgulloso de un gran sacrificio que ya no es posible ni deseable repetir.

**La política exterior de España debe continuar siendo imperial.**—Y sin embargo, lo repito, por la levadura de su genio y los ingentes resultados de su obra mundial, la futura actuación de España ha de estar fuertemente impregnada de espíritu imperial, en el sentido que más arriba he atribuido a este adjetivo. Porque los españoles—tiene razón Ganivet—no podemos hacer nuestra reaparición en la vida internacional, como si fuéramos *un pueblo acabado de sacar del horno*, olvidando los timbres gloriosos que nuestros antepasados nos legaron. Ello sería una traición, un crimen de lesa patria. Aunque por una pervertida modestia a tanto nos rebajáramos, la memoria extranjera y nuestros hermanos de América, que tan legítimos derechos tienen a ostentar esos títulos como nosotros, nos los recordarían. Forzoso será pues actuar, no como satélites de ésta o aquella nación poderosa ni a impulsos de esporádicas corazonadas, sino como Potencia mundial que representa un altísimo ideal moderno

digno de su grandeza pasada, y que para alcanzarlo tiene claramente trazada su conducta.

Que ha de haber actuación internacional, no cabe duda. El aislamiento, en nuestro siglo más que nunca, es una quimera. «En las naciones—declaró don Antonio Maura en ocasión memorable—no es posible desatenderse en una hora determinada de la relación exterior; que no hay yermo a donde vaya una nación, ni hay vacaciones para la vida internacional».

Por fortuna la renuncia inquebrantable del pueblo español a las aventuras de expansión territorial se compadece admirablemente con las exigencias presentes de su misión histórica. Todo lo que ésta pide—según la misión de Ganivet—es una transformación de la antigua acción material en espiritual. Es la última etapa marcada a su innato genio imperial, etapa que naturalmente implica una actuación sin precedente en la historia. De ahí los *procedimientos nuevos*, sui generis, que la raza hispánica habrá de poner en juego. ¿Y cuáles si no los que la Sociedad de las Naciones le brinda, pueden ser esos nuevos procedimientos? ¿Dónde, si no en Ginebra, ha de ser posible desarrollar una política de ese cuño espiritual? Para llevarla a cabo—aparte de ser la casa solariega de una veintena de Repúblicas propicias, precisamente por la modernidad de su constitución, a incorporarse a la defensa de un ideal étnico de ese magnífico temple—nuestra nación cuenta con varias circunstancias prácticas favorables. Su absoluta carencia de ambiciones egoístas lleva consigo la ausencia del peligro de que su activa intervención en los asuntos mundiales suscite recelos de las demás naciones. Y su falta de interés directo en la solución de los problemas nacidos de la guerra, estimula el deseo de las grandes Potencias—demostrado ya en los seis años de vida de la Sociedad—de que sea ella la que preferentemente intervenga, por razón de su prestigio histórico, como imparcial mediadora entre posibles grupos opuestos.

**Necesidad de un apostolado.**—El que la gran masa nacional, ni aun siquiera acaso el núcleo de los españoles selectos, tenga hoy conciencia de la magna misión de nuestra raza no es razón para que desesperemos y vengamos a resignarnos con la actual atonía española en la vida internacional. Nuestro deber es despertar al pueblo, marcarle una ruta clara, infundiéndole nueva fe en sus altos destinos. El pueblo de la Península, cuando tuvo fe, se elevó con sus actos a cimas sublimes. Preciso es predicarle que su misión no terminó; que la gran obra

está aún por coronar; que si en las anteriores etapas se cubrió de laureles, puede ser mayor la gloria que le aguarda en el camino que aun le queda por recorrer. Debemos inculcarle la convicción de que es a nosotros, a los españoles, a quiénes está reservado—en las palabras de Oliveira Martins—el egregio papel de *apóstoles de las nuevas ideas*, en que, como enseñanza de la última cruenta guerra, se pretende asentar la vida de relación entre los pueblos.

Otra importantísima convicción debemos inculcarle: la de que es apremiante corregir su proverbial intransigencia. Si este rasgo tan pronunciado de su idiosincracia individualista pudo ser el nervio más recio de su grandeza pretérita, cuando la contienda estaba planteada en el plano religioso, no debe olvidar que él también fue—como el historiador portugués demuestra—el virus fatal de su decadencia. Precisa aprender la salvadora enseñanza de la Historia. Las condiciones de la vida moderna, la temperatura intelectual del mundo actual, no permiten el medro de ninguna intransigencia. En política—interna o exterior—actuar con eficacia es transigir. La rectificación en este punto es imperiosa.

**La reconstrucción nacional, preámbulo de la actuación internacional.**—Decir que el desarrollo de esa política es posible en Ginebra, no implica ni mucho ni menos que ello sea cosa fácil. Ya quedó escrito más arriba que la condición previa de su posibilidad es la capacitación, la vigorización material y cultural de la nación. Esta es la medida de la dificultad. Ni a Oliveira Martins ni a Ganivet, se les podía escapar esta realidad, prólogo del resurgimiento internacional de España. Para Ganivet, lo más urgente es restaurar la vida espiritual del país, hacernos una cabeza. «Para pensar—escribió—necesitamos, en primer término, tener cabeza. Este importante órgano nos falta desde hace mucho tiempo, y hay que crearlo, cuéstenos lo que nos cueste.» «Lo que debemos hacer,—dice Oliveira Martins—si aspiramos a entrar en el concurso de las naciones que caminan rápidamente hacia la definición del sistema de las ideas modernas, es reconstituir nuestro cuerpo social más que ningún otro quebrantado y dolorido por una enfermedad de tres siglos. Debemos aumentar nuestro capital científico y mejorar nuestros elementos industriales; debemos aspirar a ser tan sabios y tan ricos como los más sabios y más ricos de Europa, no porque en esto consistan únicamente nuestras aspiraciones, sino porque si no conseguimos primero aquello jamás

podremos ver éstas realizadas.» Como se ve ambos pusieron bien los puntos sobre las íes.

**Lo que debe ser el contenido del ideal hispanoamericano.**—Así, por otra parte, se me aparece lo que debiera ser el programa del ideal hispanoamericanista: el preliminar cultivo intenso de nuestra inteligencia para colaborar, en primer línea y sin desmerecer, con los mejores hombres de las demás naciones en todas las ramas del progreso; y una fervorosa, unánime actuación de todos los pueblos del tronco ibérico en Ginebra para procurar, en un plano espiritual de perfecta fraternidad e incapaz de suscitar temores de veleidades hegemónicas, el triunfo de los principios que integran el Pacto de la Sociedad de las Naciones; esa Magna Carta—todavía incomprendida en los dominios de nuestra lengua—de la igualdad jurídica de todos los Estados, que es, al mismo tiempo, el esfuerzo más orgánico e inteligente hecho hasta ahora por la Humanidad para combatir el abominable y humillante flagelo de la guerra. Y que, a mayor abundamiento de su práctica utilidad para nosotros, puede llegar a ser—si logramos robustecerla—el más sólido valladar imaginable contra el amenazador desbordamiento del imperialismo norteamericano por el continente que debemos defender como sagrado patrimonio de la raza.

Y para terminar, permítaseme dar

un sentido preciso a las palabras de Ganivet que principalmente han inspirado estas cuartillas. Seguro estoy de que él lo suscribiría si hubiese sufrido la trágica experiencia de la última guerra—esa catastrófica guerra perdida no únicamente por los Imperios Centrales sino por toda Europa como las estadísticas prueban—y el consuelo de asistir, como nosotros, al nacimiento de la institución fundada por la generosa voluntad del Presidente Wilson. Si al rededor del ideal de la Sociedad de las Naciones, *lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, cumpliríamos una gran misión histórica y daríamos vida a una creación grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos solamente en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos también por nuestros intereses propios.*

¿Surgirán los maestros de los apóstoles que profetiza Oliveira Martins?

Esperemos que sí. Tal es, en mi opinión, el único modo de devolver a la política internacional de España *el aspecto monumental y soberano* que tuvo en otras épocas.

Será entonces el retorno a *los áureos tiempos de la Raza.*

Y se habrá cumplido al fin el creyente y altivo lema de la Universidad de Méjico: *Por mi Raza hablará el Espíritu.*

UN ESPAÑOL DEL 98

## Esta obra

=Prólogo de la obra *Índice Bibliográfico de Costa Rica*, por Luis Dobles Segreda. Tomo I. 1927. Sauter & Cia. San José. Costa Rica.=

Luis Dobles Segreda es un obrero intelectual de recia contextura, a quien, sin vacilaciones, podemos calificar de insigne, sin riesgo de incurrir en el vicio de hipérbole, a que tan fácilmente nos induce la exuberancia desbordante del trópico.—Sí: en el minuto de treinta y seis años que lleva de *corretear*, como decimos aquí, por los andurriales de la vida, este costarricense ha realizado, en los dominios del pensamiento, una ingente, una rica labor literaria; el desarrollo de esta labor ha necesitado, para alcanzar el fastigio en que hoy brilla, el concurso inteligente y armónico de muy diversos factores,—todos de diferente cuantía, sin duda, aunque todos, desde luego, de mucho valor: en lo que respecta a carácter, a fines, a resultados, esa labor, en efecto, es fruto de intuición poderosa,

que en el reino del arte descubre a la mirada bellos y dilatados horizontes; he allí la base de excepción sobre la cual se yergue la personalidad artística de Dobles Segreda, con quien el hada Natura se mostró madrina bien generosa, por cierto; pero conviene advertir que sólo iluminados por el suave fulgor del estudio es cómo ofrece a nuestra contemplación los paisajes en hora feliz por él entrevistados en las lejanías abiertas a su mirada escrutadora; porque este hombre afortunado no podía ignorar que la inspiración no procrea hijo alguno apreciable en tanto que por la abeja diligente del saber ella no sea fecundada; evidentemente, inspiración y estudio dan lustre al ingenio; pero sólo el trabajo tiene virtud y eficacia para obtener buen éxito, con tales recursos, en propósitos de arte; precisamente, así, mediante el empleo sostenido de ese otro factor, —el trabajo,—es como Luis Dobles

Segreda, joven aún, ha logrado realizar una labor tan ingente como valiosa en el estadio de las letras patrias,—no muy concurrido todavía por luchadores de fuste.—Como obra de arte, ya tiene valor por sí misma la labor literaria de Dobles Segreda; pero hay que hacer resaltar aquí, para establecer en rigor y justicia las superiores finalidades de esa labor, que el objetivo por él empleado enfoca siempre algún aspecto de la vida nacional; su pensamiento, en ese sentido, ya lo dije, sólo ilumina cuadros en que se destaca algún paisaje del patrio terruño, ya tomado de lo que nos rodea exteriormente, ya arrancado, como una evocación milagrosa, a las intimidades del mundo harto complejo que se agita en nuestros espacios interiores. No creo en verdad que sea lícito imponer circunscripciones a la concepción artística, porque, sin género alguno de duda, ésta encontrará en todas partes asuntos propicios a su potencialidad creadora; pero siempre será visto con mayor simpatía el ingenio que en desentrañar las quisicosas del propio terruño, presentándolas por el lado que atrae, ejercita noblemente las dotes con que lo dotó Natura,—esto, sin contar con lo que, en cuanto simple obra de belleza, la producción literaria de nuestro compatriota influye con sus realizaciones espirituales en la cultura de las gentes.—Así, con el espíritu lleno de las santidades melancólicas en que se esfuma la tradición lugareña, él hace desfilar a nuestros ojos, redivivas, las figuras de héroes humildes, encadenados a la implacabilidad irónica de duras ordalías, pero que, aun allí, en lo ingenuo de su acción, conservan gallardamente el tipo de una personalidad que viene de muy adentro y que se patentiza con caracteres conmovedores; tales son esos héroes humildes que vemos discurrir, con profunda emoción, en una dolorosa tragicomedia, a lo largo del volumen titulado *Por el amor de Dios...*, —uno de los libros más bellos de la joven literatura indo-española.—Luego, en *Rosa Mística*, y luego, en *Caña Brava*, Luis Dobles Segreda «canta su provincia», como él mismo nos dice, «en sus hombres, en sus cosas, en sus tradiciones, en su alma, en fin».—Un joven crítico, a cuya labor de catecúmeno en la religión del arte he tributado merecidos elogios, conviene con alguien en que el escritor herediano trasmuta, por un procedimiento de idealización, gaje de instinto en él, las figuras y las cosas que tan magistralmente su pluma retrata o describe: se dice esto en loa al poder creador de que ciertamente disfruta Dobles Segreda; pero yo no creo en verdad que él nos presente

1. Contenido del tomo I: Sección I.—Agricultura y Veterinaria. Sección II.—Ciencias Físicas y Naturales.

en sus libros las cosas distintas de como son; lo que sucede es que su condición de vate le permite sorprender en las cosas las bellezas que para los ojos profanos permanecen ocultas; lo que sucede es que el artista traslada al papel en modo poético las bellezas que el vate ha sorprendido entre las trivialidades sobre que maquinalmente se posa la vista del transeunte destituido de facultad zahorí.—Es así como Luis Dobles Segreda infunde animación de poesía a las cosas que su pluma arranca de la pasividad fría en que parecen inmovilizarse bajo el agobio del tiempo.—En sus libros, la Iglesia del Carmen no es otra cosa que la misma Iglesia del Carmen contemplada todos los días por el vulgo y descubierta, en un momento de inspiración, por el adivino sublime a quien la antigüedad llamó *vate*—en reconocimiento del poder a que debía gozar tan puros como elevados.—Siempre dado a menesteres patrióticos, este artista, que es también un educador de casta, ha publicado libros tales como *El clamor de la tierra*, en que propugna sanas ideas pedagógicas; en este género, su producción, sustanciosa siempre, llenaría las páginas de algunos volúmenes, fuera de éste y otros que el público ya conoce, como los *Informes del Instituto*, en que, al historiar sus trabajos docentes como Director del Instituto de Alajuela, a cuyo frente se halló durante un lustro, en buenhora, sea dicho, sienta atinadas doctrinas sobre palpitantes problemas de educación.—Enriquecen su biblioteca de autor, además, estas otras obras: *Hemos escrito*, antología de escritores alajuelenses, (1921); *Añoranzas*, documentos históricos de Alajuela, en colaboración, (1922); *El libro del héroe*, loas y documentos relativos a Juan Santamaría, (1926).—Se halla en prensa, por último, la obra con cuyo motivo se escribe este prólogo: *Indice bibliográfico*, que, completa, abarcará, cuando menos, ocho volúmenes.—Esta obra es fruto de paciencia benedictina y a su realización ha dedicado Dobles Segreda la mitad de su vida laboriosa y fecunda, es decir, dieciocho años.—Se propuso en ella el autor reconstruir, poco a poco y, por esto, con solidez, toda nuestra historia literaria, a cuyo fin le era necesario, en primer lugar, formarse una biblioteca; esta biblioteca debía contener todos los libros y folletos, o sea, cuasi-libros, en Costa Rica publicados sobre asuntos nacionales o indiferentes; asimismo, esta biblioteca debía allegar a sus anaqueles todas las obras publicadas en el extranjero, en las que se hubiese tratado algún aspecto del país.—Resultado de esta pesquisa, que, por otra parte, sólo podía em-

prender quien estuviese al tanto de la producción vernácula, lo cual supone una información muy minuciosa y extensa, fue que el autor reuniese un repertorio constante de 6835 escritos, pertenecientes a 2347 autores: es lo que con toda exactitud él ha llamado.—«mi biblioteca de letras patrias»;—tesoro inapreciable, —inapreciable, a lo menos, en relación a la cuantía de nuestros propios valores, —que sólo este inteligente explotador de los filones patrios se gloria de poseer a justo título, como ganado, al fin, por esfuerzo de voluntad que nunca se desvía del norte hacia el cual se mantiene en tensión.—Pero he aquí que, siempre generoso, este millonario de la cultura ha querido extender a todos sus compatriotas el aprovechamiento de las acumulaciones en el curso de no pocos años pacientemente atesorados por él,—propósito, si loable por la intención, nada fácil de llevar a cabo, dada la imposibilidad de poner el acervo de esas acumulaciones al alcance de todos los costarricenses.—Esto le hizo concebir la idea, hoy realizada, de reunir en un índice las noticias referentes a cada libro o folleto que de la biblioteca forma parte. Gracias a esta información sucinta, cualquier persona puede darse cuenta, en breve consulta, de lo que sobre negocio determinado le interese saber; es un catálogo que, mediante simples notas relativas a la dirección por seguir, nos pone sobre la huella de lo que con respecto a cualquier asunto se haya pensado y escrito entre nosotros o de lo que sobre algo concierne al país se haya escrito en otra parte. Tal es el *Indice bibliográfico*, a

que estas líneas sirven pobremente de introducción. Como resumen indicativo de lo que entre nosotros se ha publicado hasta hoy, esta obra representa la historia abreviada del pensamiento costarricense y, así considerada en su conjunto, ella también nos ofrece una idea global, muy precisa en sus contornos generales, de la cultura que hemos alcanzado, porque es en el pensamiento donde mejor se refleja, sin duda, lo que en un pueblo hay siempre de más elevado, como expresión de sus agitaciones espirituales. Así, pues, si esta obra asume, por su índole, por su objeto y por su alcance, valor nada escaso para todo costarricense, por los servicios que ha de prestarle como guía seguro en averiguaciones concernientes a las ciencias, a las artes, a las instituciones, a las industrias..., ella también está llamada, y acaso en esto consista su mayor triunfo, a difundir en el exterior informaciones que atestigüen el género de actividades en que se ha ejercitado, con la vista puesta en la altura, el pensamiento costarricense, dando a conocer de ese modo lo que hay de superior en nuestras diarias preocupaciones. Tócale ahora al Estado hacer que esta importantísima obra de Luis Dobles Segreda circule profusamente por todas partes, en honra del país, que, a su vez, queda vinculado por fuerte deuda de gratitud al joven, pero ya eximio obrero de cultura que con tan magnífico esfuerzo contribuye hoy, de nuevo modo, a la glorificación de la patria.

JUSTO A. FACIO

San José, a 30  
de mayo de 1927.

## Mi Mensaje a la Juventud

2.—Véase la entrega núm. 1, del tomo en curso.

### El positivismo

La segunda de las características de nuestra línea descendente, es la del *positivismo* atrofiado que se encanija dentro de las limitaciones sensoriales. Prisioneros de la carne oscura, sólo hemos podido columbrar la vida tras las rejas del ojo; sólo hemos palpado la naturaleza con los tentáculos de la epidermis; sólo hemos paladeado lo armónico entre la concha auditiva de la oreja; sólo hemos comprendido el sabor por la golosa sensación de la lengua. Hemos sido sensoriales, sin alcanzar a ser sentimentales. Por eso, sólo hemos hallado sales en la lágrima. Por eso, hemos querido identificar la gris materia de nuestro cerebro con el faro divino de nuestro entendimiento; que es como identificar el fuego con el tronco que le da combustible, o la luz con el vaso de aceite en que se manifiesta.

Dado nuestro concepto—simple limitación de rayos ópticos—lo positivo tenía que ser para nosotros únicamente lo que cayera dentro del marco de la estrechez cognoscitiva: lo que nos apaciguara el hambre, lo que nos proporcionara buena cama, lo que nos asegurara un viaje cómodo. Imaginémonos la Vida como un palacio de cúpula elevada cuyas agujas perforan con su flecha el azul; con regias salas en donde mora la belleza; con santuarios en donde reza en melodía el órgano y es el incienso como aliento aromático de la Divinidad; con cátedras para la mente; con nidos de arrullos para el corazón. Pero bajo ese palacio de milagro se esconde el sótano viscoso donde se apilan sacos para la pitanza y se alinean barricadas para la embriaguez. Esa es la despensa del castillo, el piso bajo, estomacal del edificio. Pues bien, nosotros hemos sido inquilinos de la despensa de la Vida.

Y, por eso, todos nuestros actos han sido solamente actos de dispenseros. Único ideal: el *confort*; único aspirante: el estómago; único campo de labor: la materia; único heroísmo: la fuerza. De modo, pues, que no podíamos llamar *positivo* sino a lo que fuera capaz de suministrarnos materia masticable, a lo que nos ofreciera ocasiones de placer, a lo que nos condujera a las plumas de pavo de la posición, a lo que pusiera en nuestras manos un bastón de mando, a lo que nos proporcionara en la moneda el pasaporte seguro para el bienestar. Fuera de eso, el resto había de ser para nosotros nada más que idealismo, cosa de poetas misérrimos o de místicos degenerados.

Ese positivismo limitado ha ido escurriéndose los poros de la epidermis de la naturaleza; pero no ha conseguido conectarse con el corazón de la Naturaleza. Enredado en la forma, no ha podido llegar al santuario de la Vida. Por eso, su ciencia, por muchos que hayan sido sus aportes dentro del fenomenismo, ha sido mero análisis desconectado, fuera de la órbita sintética de la Unidad. Por eso, no obstante su soberbia, nada supo ella de lo que Goethe llamaba *el misterio manifiesto* y Fichte *la divina ideación del Universo*: eso que vibra como un alma bajo la espuma superficial de la apariencia.

He ahí lo que ha sido para nosotros el concepto de lo *positivo*. Simple caso de miopía mental. Porque si lo *positivo* es lo real, a medida que vayamos conociendo mayores realidades, el radio de lo positivo habrá de irse ensanchando en la misma proporción. Cuando el vientre reclama su porción, lo positivo está en el grano; cuando la pasión ruge de sed, lo positivo se halla en el licor que ha de saciarla; cuando la mente pide luz, lo positivo se remonta a la idea; cuando el sentir aspira a la ternura, lo positivo se halla en el amor; y cuando el sér interno siente la ansiedad del Ideal, lo positivo ensancha la esfera de su comprensión, por el radio de la intuición celeste, o por el abnegado de la santidad, o por el inefable de la melodía. A cada necesidad real que en nosotros se despierte, habrá de corresponder un nuevo aparato íntimo de percepción; y se habrá levantado, por lo tanto, otro pelotón más en la escala de lo positivo.

### Nuestro próximo amanecer espiritual

Ya hoy va comenzando a amanecer dentro del alma de la Humanidad. Tras la noche de la materialidad y del individualismo, empieza ya a clarear el día cíclico de la espiritualidad y del altruismo. Díjese que se siente como un trinar de pájaros entre lo oscuro. Aun está espesa de tinieblas la noche; pero ya empiezan a caer rosas de alba en la espesura de esa noche. Se adivina en el ambiente como la cercanía de una primavera. La ciencia busca, presintiendo que hay algo, y que ese algo se halla fuera de sus alambiques. Los filósofos echan puñados de semillas sobre los surcos

de los pueblos; y los pueblos levantan las cabezas para ver cómo ruedan los tronos carcomidos y cómo se van resquebrajando las doctrinas caducas. Como la bestia olfatea el vendabal, las almas presienten la reforma. Las enormes catástrofes hacen de arados gigantes rompiendo a filo de dolor las petrificaciones del espíritu. La guerra pasa sobre su bestia apocalíptica hundiendo en las olas de la sangre sus cascos incendiarios; los terremotos crujen; las pestes enseñan sus dientes amarillos; el espanto abre los poros de la emoción del Mundo; y el Mundo, con los ojos abiertos en un oteo de esperanza, empínase sobre el montón de ruinas, escarbando horizontes, en espera de ese *algo* que lo debe salvar.

### Es nuestra hora!

Ya es tiempo, pues, de conectar. La nueva ley es ésta: CONECTAR. CONSOLIDAR. EDIFICAR. Constituido el sér individual, hay que adecuarlo a la constitución del sér social. No basta con ser un buen ladrillo, o una viga fuerte o un adobe sólido. Que cada ladrillo y cada viga y cada adobe humanos se junten en la unidad armónica del templo social. Las arenas se consolidan en la piedra, las piedras en la roca, las rocas en el astro. los astros en el sistema planetario y los sistemas planetarios en la unidad de la Creación. Hay que seguir las huellas que la naturaleza nos señala. La sabiduría estriba en la lectura de ese gran libro abierto; y el deber en ajustar los actos a las enseñanzas de sus páginas. Hombres!, ya no sigáis las reglas raquílicas de vuestros intereses! Pensad que sois átomos que vais a fabricar un órgano; que sois órganos que vais a constituir un sistema; que sois sistemas que vais a construir un ser humano; que vais después a consolidaros en nación, en raza, en mundo. Pensad que la línea del colectivismo es la más recta que se tiende entre vosotros y la moralidad.

Desarrollado en nosotros el instinto de la compactación; convertido el altruismo, de simple espectación mental, en fuerza motriz de nuestro sér, ya tendremos el hilo de Ariadna que nos guíe por la selva oscura en busca del deber: *el bien de todos, antes que el propio bien*. Las variedades construyendo unidades. Esa ha de ser la moral nuestra, porque esa es la moral de la Naturaleza. Después de fortalecer el amor propio, hay que ascender al de familia; luego, al de patria; enseguida, al de raza; para alcanzar más tarde el de la humanidad. Y aun queda más arriba, como pináculo de amor, el franciscano, que siente en sí la vibración simpática de todo cuanto existe, y que es savia en el árbol, frescura en la corriente, fulgor en el celaje; que ríe con la aurora, que reza con la tarde, y que hasta se deslía en dolor en el pecado de las yerbas letales, de esas que sufren con el dolor de ser veneno.

### Hay que construir patria

Mas, hoy por hoy, nuestro colectivismo constructor debe circunscribirse únicamente a la patria. Nuestro estado actual no nos

permite más. Y aquí cabe la especial indispensabilidad de despertar a los pueblos hispano-americanos. Sobre las condiciones generales del mundo, están las amenazas particulares de nuestros fragmentados y anárquicos pueblos. Hay que hacerles saber que el enemigo está a las puertas acechando artero nuestros embotamientos, que es necesario levantarnos de la yáciga concupiscente, ferruginarnos de virtud, consolidarnos en conciencia cívica; porque nuestros innúmeros defectos son las puertas podridas que dan fácil acceso a las piraterías extranjeras. En la obra de nuestra servidumbre, nosotros mismos estamos convirtiéndonos en los más eficaces colaboradores. El hambre rubia se complementa con el vicio moreno. Nosotros somos muchos, pero desconectados. Nosotros poseemos la mente, pero contaminada. Nosotros concebimos, pero no ejecutamos. Nosotros poseemos el valor, pero es para matarnos entre nosotros mismos. Nosotros tenemos la palabra, pero nos falta el hecho. Tartarín vive cazando leones en nuestra verba de Braganzas. Nos mantenemos mascullando el pasado, sin enterarnos del presente ni columbrar el porvenir, alimentándonos de glorias históricas, en un orgullo de museo, como rumiantes del recuerdo en una falsa digestión de sombras.

Y todo eso lo saben bien nuestros acechadores. Y basan el cálculo de sus provechos en la aritmética de nuestra degradación.

Otro factor de éxito para los que comercian con nuestros intestinos y nuestra dignidad, se halla en el fraccionamiento, más que político, espiritual de los países que se dicen hermanos. Cuando vemos que el lobo carga con una oveja del rebaño, trompeteamos protestas a los cuatro vientos. Empenachamos la palabra, y le hacemos la rueda al heroísmo, líricamente numantinos. Después, reclinamos de nuevo la cabeza, para seguir durmiendo, en espera de que retorne el lobo por una presa más.

De nada sirve protestar. Lo que hay que hacer es trocar esos políticos gastados que manipulan bajezas en las curules del Gobierno, por hombres de verdad, conscientes del ideal de sus pueblos, previsores y no títeres, con sangre en las arterias, desprendimiento en la intención y amor de patria y de raza en las entrañas. Lo que hay que hacer es suprimir el boquete de nuestras incurias, y cambiar nuestras podridas tablazonas por puertas de roble, cerraduras de bronce y jambas de granito. Lo que hay que hacer es transformar la conciencia de la juventud, de modo que en vez de contemplar el pasado coloque su presente con vistas hacia lo porvenir. Lo que hay que hacer es poner fuerzas en nuestros músculos internos, en vez de ir a impetrar del extranjero, puñales para partir los pechos de nuestros hermanos. Porque es preciso que sepamos que en el auxilio de los poderosos, como el áspid entre las flores de una cesta, viene siempre escondida la argolla de la esclavitud.

Nuestra labor es construir patria; y,

para construirla, deslindar lo que ella de veras significa. Mucho la nombramos; pero muy poco la sentimos. Mucho nos decimos patriotas; pero muy poco comprendemos lo que es en verdad el patriotismo. Sabemos lo que es el hogar; lo sentimos como si fuera parte inseparable de nuestro propio sér; pero muy raros son los que sienten la patria de tal modo. Por hoy, el patriotismo reduce a cierta hinchada vanidad que nos induce a proclamar la tierra en que nacemos como un perfecto dechado de excelencias. Y el patriotismo es precisamente todo lo contrario: es el examen desapasionado del cual ha de surgir la cualidad, para fortalecerla, o el defecto, para atenuarlo o suprimirlo. Llaga descubierta es llaga en curación. Médico que adulara al enfermo declarándolo sano, más que médico sería farsante. Querer a la patria no es *proclamarla* grande, sino *procurarla* grande.

SANTIAGO ARGÜELLO

México D. F.

## Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

### MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

## LA COLOMBIANA

### SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a \$ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles. Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

### Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina

Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: . . . . . 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

# El cuarto de hora de Rabelais

—De El Tiempo, Bogotá.—

YA, supongo, no quedarán por ahí hispanoamericanos—y menos aún del centro infeliz—que intenten la apología del mejoramiento y de la civilización patria pasando desde la banca neoyorquina hasta surgir por la boca de los cañones de Latimer. Supongo que a excepción de Díaz, Cuadras Pasos y la clica de miserables que allí actúan, no ha de haber a esta fecha por todo el haz de América hispanoparlante una sola persona que se aprecie y que esté a estas horas soñando con esa majadería de «nuestra gran hermana del norte».

La Unión Panamericana fue. Cualesquiera sean hoy sus gestiones y sus proyectos de congresos del niño, del hombre o del animal, esa institución, constituida con buena intención quizá, ha venido a convertirse en un vil instrumento al que se le aguza la púa contra la piedra imbecil de nuestro «rastacuerismo» sajonzado. París pasó a Nueva York.

Las cursilerías imitadas hace veinte años del bulevar tienen ahora como modelo a la urbe churrigueresca y formidable del Hudson.

Hace ya unos dos años o tres, hablando con un joven nicaragüense, me decía con el dejo peculiar de allí:

—Pues mire pues que mejor estamos intervenidos. Porque se pueden hacer negocios garantizados por los americanos.

En el fondo, los publicistas—y antes que éstos «la familia»—han dejado de arraigar la falsedad de que el orden, los negocios y el queso patagrás hecho de patatas no pueden venir sino del Norte.

Europa comienza a recuperar su prestigio comercial; las relaciones con el viejo continente *no exponen ahora a nadie*.

En cuanto a la rectitud y a la honorabilidad de la política exterior de Washington, quedará en la historia la frase «pactos de Washington» como antier la célebre «fe púnica» y ayer no más el «chiffon de papier» alemán... pero Hispanoamérica—desde el punto de vista gubernamental—ha adoptado la doctrina del conejo: esconder la cabeza detrás de una hoja de perejil, convencido de que está salvo mientras le destrozan los cuartos traseros de un escopetazo...

No llegan a tres las excepciones. El resto de las cancillerías de nuestras «jóvenes y gloriosas» repúblicas de «efemérides» hace el efecto ante el mundo civilizado, de un certamen de estupidez.

La vista gorda oficial argentina es... eso: rastacuerismo; en Chile un coronel

la emprende a pedradas con los pocos cristales sanos de la constitucionalidad; el Brasil es un lío; como decía Queiroz, «muy pulidos, muy afables, muy simpáticos pero ¡todos doctores!»; del Perú, ni hablemos, allí aclaman a Leguía como a un torero; algunos en Colombia se enojan porque Abadía, hombre de talento, vá máquina atrás y no quiere con soberanía pagar carreteras, cloacas, ferrocarriles y oleoductos... Venezuela: un cuadro de ánimas del siglo XVI. En México se debate un último lampo de revolución social entre la vasta hoguera bárbara a cuyo derredor, cogidos de la mano, danzan una danza sagrada y enigmática. Y es el país que alumbraba, así sea con antorcha de aceite y no con bombilla eléctrica... De Panamá, quiero decir, de su gobierno, no se habla entre gente decente. Después síguese los pequeños del itsmo. Historia conocida. El Horacio Vásquez empieza a comprometer la antilla que comparte con Borno, el haitiano «nata de la buena sociedad de Port-au-Prince». Y en la gran antilla, «la tierra más hermosa que ojos humanos vieran», quiera Dios que no contemplemos un hermosísimo retroceso al «tirano en cuclillas» de 1913. Se me olvidaban, el Ecuador, de Ayora; y Bolivia... Bolivia donde no se sabe lo que pasa de tanto como ha pasado.

Quedamos, pues, en que «mejor estamos intervenidos», como me decía el jovencito nicaragüense...

Ha comenzado el certamen de la estupidez. Hasta ahora van en primera línea las antillas, una república del Caribe, dos del Pacífico, Centro América casi entera, y ¡las veinte cancillerías del continente que escriben en español!

De Benito Juárez a Adolfo Díaz existe, en el campo ideológico, la misma trayectoria que de Abraham Lincoln a Mr. Coolidge.

Díaz es el fenómeno reducido y vil del «caso» mayor que es Coolidge. Los dos le hacen a sus respectivos países un daño moral idéntico.

Intoxican su generación; degeneran la que va a sucederle. Enseñar que la fuerza es una razón es tan deforme y tan inmoral como probar que la servilidad es un progreso.

A estos presidentes progresistas como Díaz deberían ahorcarlos en lo alto de una torre de inalámbrico o de petróleo.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

Montreal, abril 20 de 1927.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

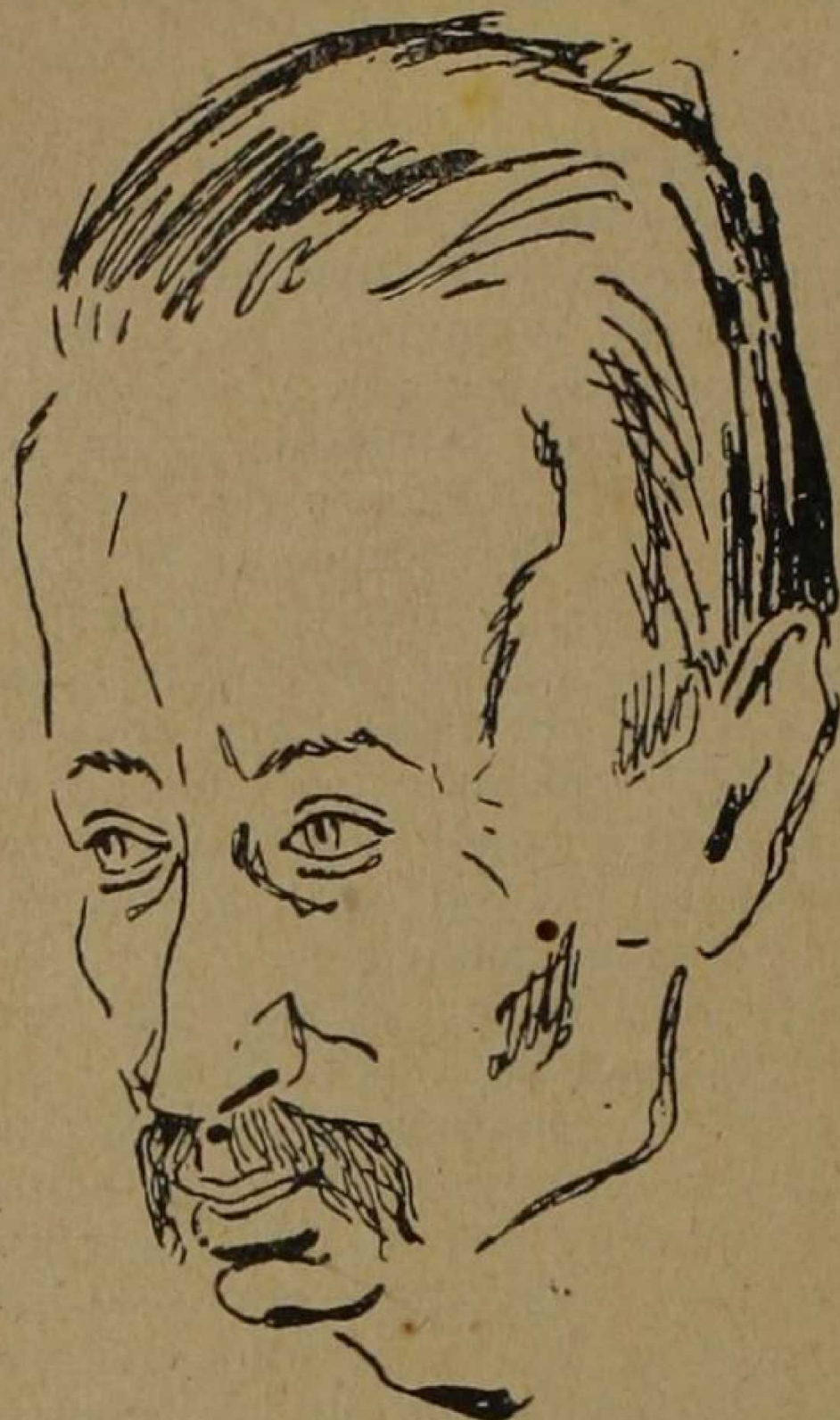
NADA más sencillo que escribir la vida de Rilke, en la que no se registran sucesos extraordinarios y que se distingue sólo por su actividad intelectual llevada hasta los límites de la resistencia humana. Sin embargo, Rilke no fué académico, ni funcionario, ni publicista: a su orgullo le bastaba con saberse uno de los más grandes poetas contemporáneos.

Descendiente de aristocrática familia de Carintia, nació en la ciudad de Praga el año de 1875. Hubo de ingresar, contra su voluntad, en la Escuela Militar de la que se fugó para seguir sus estudios en un liceo. Más tarde, en la Universidad de Munich, se dió a la filosofía y su única aspiración era escribir versos. Su carácter andariego, le condujo después a Alemania, Suecia y Rusia, radicándose, por último, en Francia, en busca de nuevas sensaciones. Vivió largo tiempo en París, «ciudad llena de raras seducciones». Su matrimonio con una discípula de Rodin, le convirtió en secretario perpetuo del gran escultor.

Como todos los hombres, Rilke sufrió influencias ancestrales y sugestiones del medio ambiente. Sus antepasados legáronle al poeta—que fué el último eslabón de su estirpe—una herencia demasiado mórbida; por eso en algunas de sus obras se observa marcada tendencia a describir fenómenos de alucinación, apariciones de difuntos, desdoblamientos de personalidad. Lo misterioso y lo sobrenatural abundan en sus *Cuadernos de Malta* y en *Laurids Briggue*, que son algo así como una confesión íntima.

El medio ambiente completó la influencia ancestral: Rilke reconoce que se necesitó algunos años para llegar a comprender *Una Carroña* de Baudelaire. Habiendo vencido el disgusto de su primer encuentro con el poeta maldito, se advierte en su poesía posterior cierta complacencia en lo exótico y lo inmundo que lo aproxima bastante al realismo baudelairiano. Es indudable también que los *Siete Viejos* aparecen como antecedente obligado de aquellas páginas en que Rilke analiza las perturbaciones de la epilepsia. Tomó de Dostoiewsky la piedad hacia el indigente y de Tolstoy el desprecio por la civilización moderna. Asimismo, fueron maestros suyos los poetas alemanes, Heine, George, Hoffmannsthal, como puede observarse en sus primeros ensayos, *Vida y Poesías* y *Ofrendas a los Lares* que, según sus propias palabras, «son obra de un joven cuya vida sentimental fue intranquila y medrosa». En el *Libro de Imágenes*, escrito más tarde, hay grandes inquietudes, meditaciones profundas, sobresaltos de sensibilidad y aparece aquel arte verbal incomparable, que

Rainer María Rilke  
Dibujo de N. N.



## La ideología de Rainer María Rilke

es una de las características de Rilke.

La intimidad con Rodin, produjo en el poeta verdadera renovación: el estudio del escultor aclaró sus ideas sobre la esencia del Arte. Reconoció entonces que la finalidad de éste no es observar al sujeto desde afuera sino penetrar dentro de él para poder compartir su vida interior. Siguiendo el ejemplo del artista, Rilke realizó ese principio en su poema *La Pantera*, vívida traducción poética de un motivo plástico. Tal postulado estético lo cumplió también en *Poesías Nuevas*, donde domina la voluntad de individualizar las personas y las cosas para que la vida estalle bajo la presión de fuerzas internas que libertan al poeta, dando a la obra de un ser efímero el profundo relieve de lo que ha de durar eternamente.

Después de la Guerra, escribió Rilke *Las Elegías de Duino* y *Los Sonetos a Orfeo*, en los que el poeta intercala las graves interrogaciones que asaltan al hombre ansioso de conocer su destino. Con emoción cuya sinceridad llega hasta lo más recóndito de nuestro ser, el poeta se pregunta: ¿qué es la vida, qué es la muerte, a dónde van los que ya no existen, de qué manera podemos fijar el minuto efímero? Estos pensamientos de alta sapiencia, no de filosofía (Rilke no fue filósofo dogmático) los expresa en forma llena de atractivos, que en veces diríase tupido velo difícil de traspasar. Como en sus demás obras, Rilke conduce aquí al lector por sen-

deros en que brilla una luz difusa.

Pero no nos extraviemos. Hora es ya de preguntarnos: ¿cuáles son las ideas fundamentales que expresa Rilke en su prosa y en sus versos?

La vida y la muerte constituyen para él un mismo tema. La vida, tal como la concibe la mayoría de los hombres, es efímera, forma una urdimbre grosera, no merece el esfuerzo de nuestra reflexión, es apariencia y engaño. El hombre debe olvidarla para renacer a la verdadera vida. En una de sus estrofas, Rilke exclama: «grande es la muerte; nosotros le pertenecemos a pesar de la sonrisa de nuestros labios». La muerte no es para él sino un regreso, un vagabundeo, la entrada en un orden desconocido. La «pequeña muerte»—única que el vulgo conoce—no debe inquietarnos. En cuanto a la «gran muerte», es el eje alrededor del que gira todo. El enigma de la muerte obsesionó a Rilke; a menudo, intenta descifrárnoslo; y cosa extraña: la muerte le dió oportunidad de lanzar uno de los pocos chispazos de humorismo que se encuentran en su obra. Refiere que Félix Arvers, autor de célebre soneto, agonizaba en un hospital. De repente, oye el moribundo que una enferma localiza en el *collidor* un objeto que varias personas andan buscando. Al punto, el poeta suspende sus estertores para explicar a la ignorante, que lo correcto es decir *corridor*; y cumplida esta obra de misericordia el purista impenitente muere con la mayor tranquilidad.

La vida y la muerte conducen a Dios. Ningún otro pensamiento persiguió tanto a Rilke como el que se relaciona con la Divinidad. En la literatura alemana es común el tipo del *Gottsucher*: buscador de Dios. Rilke no es de los que buscan a Dios. El ha creado su Dios, que no es el de los filósofos ni el de los historiadores, sino el de las almas ingenuas: pastores, parias y nómades de la estepa. Este Dios es el mundo; porque, según frase suya: «podemos llenar de vida nuestra alma y el tiempo de eternidad». Dios es también toda aspiración ideal. Como los místicos, Rilke ve en Dios el Sér del que el alma humana es un átomo en incesante lucha para reunirse con el Todo divino.

No ha olvidado, sin embargo, que Dios es caridad: a imitación de Tolstoy—movido por su propia sensibilidad, que es muy grande—consagra su simpatía a los desheredados del destino o de la fortuna y halla acentos conmovedores para consolar al pobre, cuya casa es preciosa, como tabernáculo donde el Eterno se transforma en alimento.

Dios es también amor. Rilke celebra el amor, no la embriaguez de los

(Pasa a la página 42)



**A**CABO de cerrar el libro y perdura ante mis ojos la sugestión de la mirada de conjunto—La noble perspectiva—que Jorge Mañach, gonfaloniero de la péñola, capitán de los tercios del buen decir y cronista de San Cristóbal de La Habana, ha puesto como brillante colofón al panorama cinematográfico de una ciudad ya muy siglo XXI y que no por ello deja de tener su hechizo tradicional.

Podría decirse que esas crónicas de San Cristóbal son un album gráfico, fruto tanto de la pluma del dibujante como de la del escritor, de estampas lo suficientemente unidas o hilvanadas para formar un cuerpo único aunque vertebrado. Son ellas la impresión individual que exprime un espíritu alerta y cultivado, una sensibilidad fina y penetrante, gozosa del placer único de ver por primera vez, sólo superado por el de volver a ver, estados de alma ambos de que no pueden ser capaces más que los que saben amar desde los cuatro puntos cardinales de la emoción.

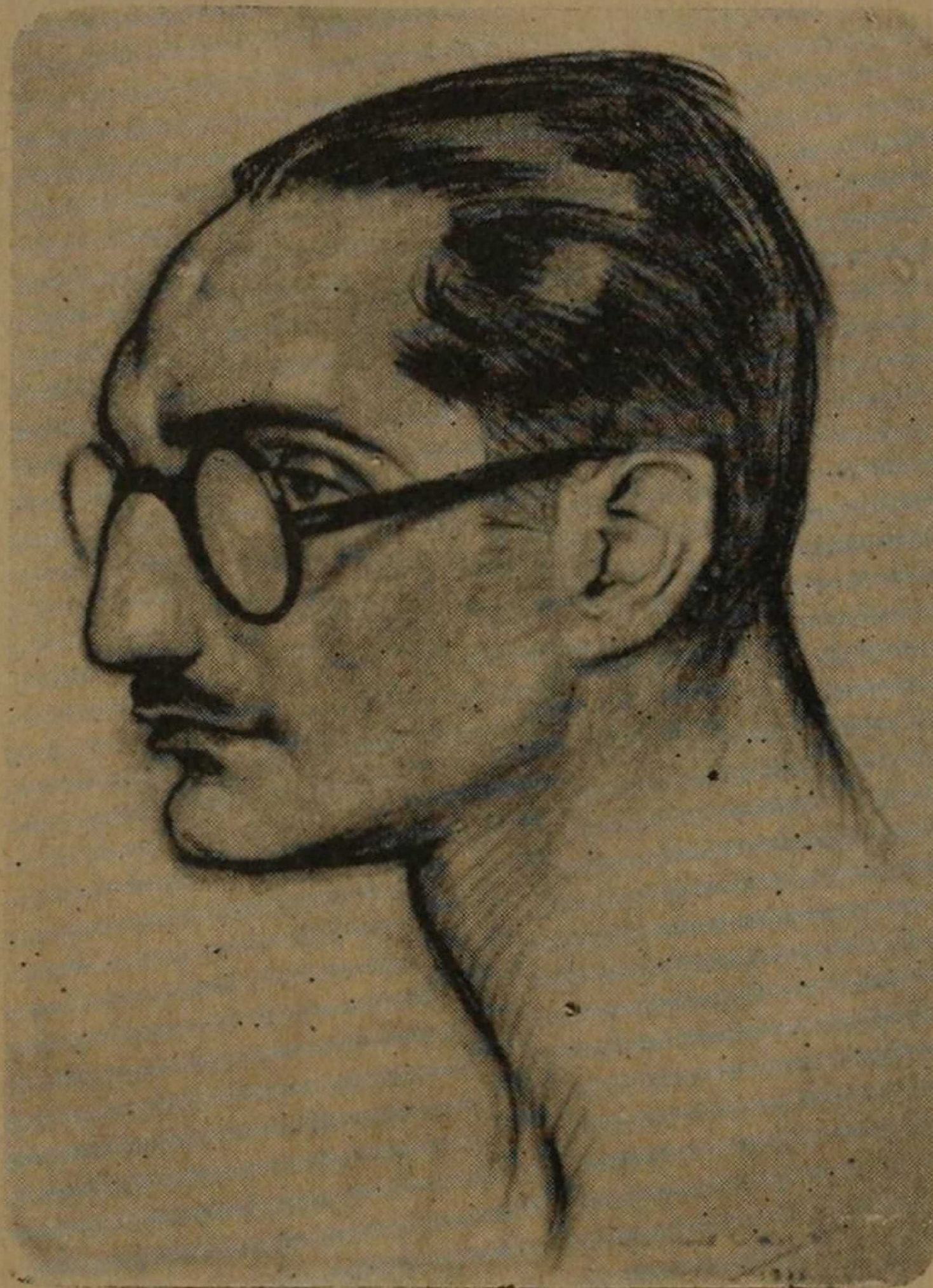
A buen seguro que un estante de San Cristóbal, de esos que la pasan y repasan años tras años, sería incapaz, por muy artista que fuera y por mucho que se internara especulativamente en la arqueología múltiple de la ciudad, de escribir un libro de encanto como el que ha hecho Jorge Mañach, libro que tiene la viva soltura y frescor con que corre, salta y alegra el agua del grifo abierto a la ventura.

No más que ante dos aptitudes psicológicas igualmente seductoras y envidiables pudo escribirse ese libro: ante la del que llega, ve y escribe o ante la del que ausente muchos años regresa y halla más bello el objeto de sus anhelos. Y así, ponerse a pintar con palabras, como pintan con colores esos paisajistas de ancha vena estética y ojo cazador que de improviso ante el paisaje no sólo descubren sus sorpresas sino que son domados por la fiebre de aprehenderlo y clavarlo en la tela.

Lo cotidiano mata el ensueño. Y esa Habana de hoy que guarda sus palpitations de antaño reflejadas por Mañach en las páginas de su libro, es una Habana de la fantasía en la que los más de sus aspectos típicos en cosas, personas y costumbres, son vistos y transmitidos al través de un prisma mágico, como ocurría en los

## Baedeker ilusionado

Estampas [de] San Cristóbal Editorial Minerva, La Habana, 1926. Ilustraciones de Rafael Blanco.



Jorge Mañach

(Dibujo de Jaime Valls).

*dioramas* que hicieron el asombro de la niñez precinematográfica, los que mostraban las plazas, arboledas, parques, ruinas, calles, monumentos de las ciudades famosas en agigantadas litografías—tras el maltrecho cristal de aumento—pintarrajeadas y cintilantes allí por donde urgían iluminaciones especiales con cien ojillos de luz sin más retina que una lámpara de petróleo encendida detrás.

Visión dúplice la del escritor: la ocular y la anímica; juicio par, a veces alterno, otras en monólogo, pero siempre colmado de interés. El cronista corretea acompañado, aunque no lleva como los ventrílocuos un muñeco obligado a lanzar gestos mecánicos para aunar la voz mimética, ni títeres, de ágiles pero imperfectos hilos siempre impotentes para no delatar la ficción. Tampoco pasea y dialoga con su doble—que es un sér inferior y carnal; ni con un simple alter ego, porque como el latinajo dice, es otro yo, no un yo distinto. Mañach pasea con el viejo Luján, que tiene algo de todo

eso y de muchas cosas más: él encarna la gracia y la ductilidad, el humorismo y la criollez, la voz del medio, el grito de amor y la protesta cordial. Luján es el cronista fuera de sí propio y, al mismo tiempo, es un tercero que dice por su cuenta lo que el cronista no quiere decir en primera persona; que piensa lo que el cronista pensó, pensaría o quisiera pensar en determinados momentos bien que sin desear pensarlo ni quererlo. Se trata más bien de un caso que yo calificaría como de autoscopia intelectual, en que el personaje vivo, cuando no quiere cargar con la paternidad del juicio, de la frase o del rasgo, pero sin «sin dejar la responsabilidad a las normas», hace que su imagen accione, diga, interrumpa, exclame y en fin se ejecute cuanto el sujeto activo ejecutaría si quisiera mostrarse presente. Medium maravilloso que no actúa como el operador manda, sino como éste imagina. Tal es el caso de Luján y Mañach.

La concepción de Luján constituye la verdadera clave de belleza interna de *Estampas de San Cristóbal*; y gracias a ella Mañach ha traducido La Habana en dos entes mentales distintos y complementarios: una Habana pintoresca, noblemente tradicional, que es muy antigua a la vez que muy moderna y por tanto muy absurda y muy lógica.

muy de lo extinto y de lo que vendrá, imagen calidoscópica del ayer, visión radial de lo futuro.

Los más de los aspectos diferenciales de la pretérita villa de San Cristóbal supo verlas con precisión fotográfica el ojo del notario, infundiéndoles a la vez la poesía de la paleta y en ocasiones el encanto de los sonidos. Son estas estampas cuadro de lo singular, pinturas de todo aquello que tiene la Habana (como las tres cosas del cantar) y que la distinguen de otras ciudades. Fuera de propósito siempre será hacerlas de un teatro, un hotel, una iglesia o cualquier otra monumentación de esas que el cosmopolitismo levanta en las más importantes capitales del mundo, imprimiéndoles un lamentable aire de familia.

Por eso las 59 estampas—facetaciones que descubren, completan y perpetúan la unidad—corresponden a otros tantos aspectos cristobalenses: *El Morro, El Vedado, San Rafael y Galiano, El son, La China, María la O.* Y de entre todos, emitiendo las vibra-

ciones más altas y limpias, los episodios titulados: *Muralla*, fresco a grandes síntesis, fondo para la explicación de toda una novela cubana; *Pregonos*, caja fónica que recoge el alma de nuestra música demósófica, velada, como muy bien dice el autor, por cierta tristeza, muy nuestra por herencia y latitud geográfica; *La Calzada del Monte*, cartón futurista de la tentacular San Cristóbal lejana; y *El guapo*, nota agria de falsete súbito, grito ciudadano de la selva olvidada y también degeneración hidalga que avergüenza a su ancestro.

Todo ello, lo noble y lo vil, lo grande y lo ruin, lo torvo y lo pulcro, notas cálidas o leves de las puestas de sol, pereza de las noches urentes del verano, el chino y Bartolo, el cafetín y el arrabal, El Malecón y El Cerro, han bastado para que Mañach escriba este delicioso libro que comentario, sutil e irónico, profundo y risueño, amable y sencillo, que tengo para mí como el Beadeker ilusionado de nuestra absorbente y tentadora capital, ayer villa de San Cristóbal, hoy febricitante ciudad de La Habana.

Y aquí, como punto final, una pregunta, docto Mañach. ¿Cómo se las arregló usted para arrancar a Luján tan sensatas palabras en las *Estampas de San Cristóbal*, habiéndole enterrado usted mismo un año antes entre algunas páginas del *Glosario*?

REGINO E. BOTI.

(1927. Habana).

Noticia.—En la Adm. del REPERTORIO hay ejemplares disponibles de *Estampas de San Cristóbal*, a \$ 4.00.

## La ideología de Rainer María Rilke

(Viene de la página 40).

sentidos. Pero no se trata de aquel amor que busca reciprocidad sino del que encuentra en sí mismo su propio objeto. Dignas de eterna admiración le parecen las mujeres que, como Teresa de Jesús, vivieron para amar desesperadamente. Afirma que el Hijo Pródigo huyó de la casa paterna porque no le amaban lo bastante; y al regresar a su hogar, pudo vivir en él, pues habiéndole transformado la soledad, los suyos ya no le conocían ni le amaban.

MARIO SANTA CRUZ

México, D. F.

## Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»  
Calle 60 N° 682  
La Plata, Rep. Argentina

# La mitra en la mano

(Novela)

Por

R. Blanco-Fombona

(Véase el Cap. VII en la entrega 24 del tomo pasado).

## Capítulo VIII

### La ciencia de Rodillo

CUANDO, a la tarde, se presentó el famoso pedagogo don Tomás Rodillo, la niña, aún acalorada con las explicaciones de la monja, si bien no fuesen todas para Griselda novedosas, púsose a hablarle a Rodillo de las bellezas del cristianismo con aquella facilidad de asimilación que poseía.

No acostumbrado Rodillo a semejantes expansiones místicas, las tomó a burla. Pero se convenció en seguida de que Griselda hablaba en serio. Adivinando la influencia de la monja, influencia que siempre quiso contrarrestar en su rivalidad de magister, exclamó, solemne y pedantesco:

—Todas las religiones hablan a la imaginación. Sólo la Ciencia habla a la imaginación y a la razón.

La niña, sin ocuparse de las palabras de don Tomás, continuó:

—¿Quiere usted, señor profesor, algo más hermoso que el simbolismo de los colores: el negro, Luto; el morado, Tristeza; el verde, Esperanza?

—Si usted lee la *Teoría de los colores*, de Goethe, también encontrará poesía. La verdad acrecienta la hermosura. El binomio de Newton—agregó, insoportable de pedancia—es la poesía del cálculo.

Griselda no pudo menos de sonreír.

—¿Y los milagros de la ciencia?—prosiguió el viejo—. El teléfono, o sea el poder hablar con seres distantes; los rayos X, o sea el poder mirar al través de cuerpos opacos; el análisis espectral, o sea el poder conocer la naturaleza química de astros situados a trillones y trillones de kilómetros de nosotros, por el examen de su luz...

—Milagros por milagros, prefiero los de la Religión—espetó Griselda, escabulléndose, hábil e instintiva, de aquella tela de araña profesoral.

Marta hizo irrupción en la pieza de lecciones. Había escuchado, desde la habitación contigua. Quería evitar el giro, peligroso para Griselda, por lo menos improductivo, de aquella conversación.

—¿Qué sucede, Griselda? ¿Se charla hoy en vez de estudiar? Esta niña es incorregible, señor Rodillo; le gusta más la conversación que los libros. Oblíguela a que se quemé las pupilas. Tiene que aprender las cosas por sí, en vez de conocerlas mal, a medias o de oídas, o por simple adivinación.

Por más que Marta aparentó ignorar de lo que se tratase, temió el vejete que hu-

biera podido oírlo. No la supuso en el cuarto vecino.

—Pues aquí me está haciendo una acalorada y elocuente apología de las bellezas morales de nuestra Religión—explicó, hipócrita, el maestro.

—Y usted me la contesta con otra apología, la apología de la Ciencia—exclamó Griselda, desenmascarando a don Tomás.

El vejete quedó cortado. ¡El, que se vendía por tan fiel católico! Sus labios moraduscos hicieron una mueca fea. Las peludas y sarmentosas manos se movieron. Los ojos, tras de las antiparras verdes, se agrandaron. La frente se arrugó. Hasta el verdinegro levitón pareció oscurecerse más.

—No existe colisión alguna—exclamó, por fin—entre nuestra Religión y la Ciencia. Iba recobrando su aplomo.

—La hermosura de la Religión, es moral; la de la Ciencia, de otro orden. Ciencia y Religión se complementan. Ambas sirven para el perfeccionamiento del hombre.

Marta siempre tuvo a don Tomás por hombre de mucha religión: por eso le confió a la niña. Aquella actitud ecuánime de Rodillo entre las dos maneras de considerar el mundo, la religiosa y la científica, no lo pintaba como peligroso disidente. Ingenua, dijo, retrogradando la charla al círculo de donde quiso sacarla:

—La Ciencia no puede compararse con la Religión. La religión nos consuela con sus promesas, nos edifica con su moral y nos convence con sus milagros. La verdad religiosa nos transporta.

Rodillo vacilaba. ¿Respondería a la señora, destruyendo semejantes argumentos? Era exponerse a que le tildasen de irreligioso: perdería el cargo. ¿Callaría, accediendo? Era demostrar no saber discutir, exponerse a ser menospreciado por inepto: podía ser despedido por incompetente. Para Rodillo pasaban los frijoles ante cualquier filosofía. Los frijoles y la ventajosa opinión de sí mismo. Hizo un esfuerzo, para dejar a todo el mundo contento, y se lanzó a perorar, dulzarrón, simulando convicciones, sin saber a dónde iría a parar.

—El que dos y dos, rudimentaria verdad científica, sean cuatro, parece tontería. No lo es: si dos y dos fueran cinco cambiaría por completo la mecánica del mundo físico, y tal vez hasta el aspecto de los seres, incluso el hombre. Tal vez hasta nuestro espíritu. Quizá nuestras ideas y nuestras creencias serían otras.

—Pero ¿supone usted, don Tomás, que alguien desafíe el martirio porque dos y dos son cuatro?

—Nuestra Religión—repuso el pedagogo—ha tenido muchos mártires; también ha

tenido algunos la Ciencia. Todo ello redundaba en gloria de Dios, que ha dado al hombre energía para defender sus convicciones y probar con el sufrimiento, la fe en la verdad y la abnegación de que se puede ser capaz. Giordano Bruno, prefiriendo el martirio y la muerte a la retractación, no vale menos que San Sebastián, acribillado a flechazos, en la impotencia, atado a un árbol. Los que pierden los brazos, la vista, aun la vida, a sabiendas, por manejar agentes científicos en servicio de la humanidad, ¿no son tan mártires como los que perecen entre salvajes a quienes llevan la luz de nuestra fe? La verdad de la Ciencia...

Marta le interrumpió. Movía, razonadora y sonriente, la graciosa cabeza de cabellos lisos; fulguraban con sus fuegos oscuros los adormilados ojos. Al hablar y sonreír la joven viuda, ponían los dientes su nota clara, alegre, en aquel rostro sensual y melancólico. La blusa de hilo blanca, floja, fresca, de mangas muy cortas y holgadas, dejaba al descubierto los brazos hasta el codo, aun más; y pulgadas de seno en el escote.

—¿La verdad de la Ciencia? No resulta superior a las verdades de nuestra fe, avaloradas por la palabra de Jesucristo y comprobadas por los milagros.

El ilustre don Tomás Rodillo tragó saliva. ¿En qué berenjenal se estaba metiendo?

Griselda, aunque precoz y muy inteligente, no es en el fondo sino chicuela mimada, emotiva, caprichuda, que a derechas no sabe nada de nada, como afirma su madre.

Carente de un buen arsenal de argumentos, de esos que sirven a todo el mundo, fabricados en serie como trajes baratos en bazares de confección; de esos argumentos que su madre y Rodillo se bombardean, efusivos; y sin poseer la convicción combativa y férvida de la religiosa, la niña se atrinchera en la belleza del catolicismo. Sin saberlo, inventa una demostración: la verdad por la belleza.

Rodillo, aunque resuelto a dejarse derrotar por ambas mujeres; pareciéndole la derrota menos peligrosa que el triunfo para sus intereses, tuvo un arranque de amor propio y disparó dos o tres tontearías, envolviéndolas en capciosas concesiones. Para el ilustre Rodillo, la gracia de la niebla sobre un lago, al salir el sol, nada perdía porque se conociese que la neblina es vapor de agua, se forma por condensación y desaparece por evaporación. Concluye que conocer las causas no perjudica a la hermosura de los efectos. Conclusión lógica, pero improcedente: las señoras, al aplaudir, sentimentales, la religión, jamás pensaron en efectos ni en causas. Se habían reducido a hablar como mujeres, no como filósofos.

Allí hubiera concluido todo si a Marta no se le ocurre decir que Jesucristo se hizo hombre para rescatar los pecados de todos los humanos y redimir el universo. La palabreja universo chocó a Rodillo, y pérfido e importante, repuso:

—Es verdad. La abnegación de Cristo nuestro Señor no tiene límites: se extiende a los últimos confines del mundo, tal vez abarque los universos desconocidos y seres de otros planetas de que nosotros no tenemos noticias, y quizá tampoco las tuvo Jesús.

—¿Cómo no iba a tener noticias de todos los seres, si era Dios!

—En efecto—concede Rodillo, enmascarando su pensamiento.

Luego sigue:

—De las grandes religiones en que se divide la Tierra, el Cristianismo no es la más antigua ni la más difundida...

—Lo que prueba—interrumpió Marta—que es la única verdadera.

Y precisó:

—Si las otras, las anteriores religiones, hubieran sido verdaderas, no habría triunfado el Cristianismo. Dios no lo hubiese consentido. Nada prevalece contra la verdad.

—Exacto, exacto—confirmó el ilustre e importante Rodillo—. La última tiene que ser la mejor, la única buena. Y para más exactitud—añadió—: prescindamos por el momento del islamismo, que es de ayer.

Marta hizo una mueca que podría traducirse: "por mí, prescindamos".

—Sobre todo—añadió Rodillo—podemos prescindir del islamismo, que no ha salido de entre los islamitas.

Griselda sonrió al argumento de su maestro, admirando la elegante manera como Rodillo, para complacerla, suprimía una estorbosa religión.

—No pensemos en nuestra pobre Tierra al mencionar el universo—continuó don Tomás—. Nuestras cosas terrestres son muy relativas. El planeta que habitamos es una bolita de barro, sin ninguna importancia. La luz, como la señorita Griselda repite en sus lecciones muy a menudo, recorre por segundo...

—Trescientos mil kilómetros—respondió Griselda.

—Eso es: trescientos mil kilómetros por segundo... ¿Y por minuto?

—Por minuto, diez y ocho millones de kilómetros.

—Magnífico. ¿En cuántos minutos llegaríamos a Marte, señorita, viajando con la velocidad de la luz?

—Distante Marte de la Tierra sesenta y ocho millones de kilómetros, llegaríamos allí en poco más de tres minutos.

Don Tomás estaba encantado; se creía en clase y se hacía admirar de la viuda. Griselda, encantada: el maestro la hacía lucirse. Marta, encantada: ¡lo que ya sabía la criatura!

—Ya en Marte, nuestro vecino, encontramos otros seres. ¿Cómo son? ¿Qué piensan? ¿Qué creen? Nada sabemos.

—Sigamos viaje, señorita Griselda—continuó don Tomás—. ¿A qué distancia de la Tierra queda Júpiter?

—A setecientos setenta y ocho millones de kilómetros.

—¿Y Saturno?

—A mil cuatrocientos veintiocho.

—¿Y Urano?

—A dos mil ochocientos setenta y tres.

—¿Y Neptuno?

—A cuatro mil millones y medio.

—Muy bien, señorita. Ahora piensen ustedes que hasta aquí no hemos salido de nuestro dominio solar; piensen que estamos en familia, puede decirse. Y, sin embargo, no alcanzamos a prefigurar cómo sean nuestros parientes los habitantes de nuestro mismo sistema planetario. Menos conoceríamos lo que piensen. Y yo pregunto: ¿habrá muerto el Justo en la Cruz por redimirlos a ellos también?

Marta respondió, sin vacilar:

—Seguramente. Si son seres racionales como nosotros, seguramente.

—Es posible—continuó el mañero y pedante vejestorio—. Es posible que Dios exista, como para nosotros, para todos los seres de nuestro sistema solar. Pero nuestro sistema solar por vasto que lo comprendamos, representa apenas un punto en lo infinito del espacio. Nuestro magnífico Sol, fuente de vida, de calor y de luz para tantos orbes, no viene a ser sino un átomo de esa Vía Láctea que cuenta más de dos mil millones de millones de soles. Cada uno de tales soles sirve de centro a numerosa familia de planetas. Y la Vía Láctea, a su turno, no es todo. Existen infinitas nebulosas y espirales con millones y millones de astros cada una y a distancias fantásticas entre sí de ellas a nosotros. De la nebulosa Andrómeda a la Tierra sólo llega la luz, viajando a la velocidad de diez y ocho millones de kilómetros por minuto, en el espacio de un millón de años. ¿Qué somos, pues, en el Universo y hasta qué punto puede justificarse el humano orgullo de creernos hechos a imagen y semejanza de Dios, y el orgullo de suponer que Dios se encarnó en un ser de carne y hueso, como nosotros, para redimirnos y salvarnos?

—A mí no me extraña—repuso Marta—que a pesar de la magnitud del Universo y de lo ínfimo de nosotros, Dios nos haya visitado y querido redimir. La misericordia de Dios es infinita, como los océanos de estrellas; mayor aún. El no puede despreciarnos, por grande que sea. Por su misericordia infinita se convirtió en átomo humano para rescatarnos de la eterna muerte. Mi corazón de cristiana me dice, y yo lo creo sin la más mínima vacilación, que Dios, nuestro Señor, es el autor de la vida, centro y sostén del Universo.

—Yo también lo creo, señora—aseguró Rodillo—. Mi fe religiosa no le cede a ninguna. Soy tan católico, apostólico y romano como el que más.

R. BLANCO FOMBONA

## Repertorio Americano

Compro y vendo números sueltos y atrasados.

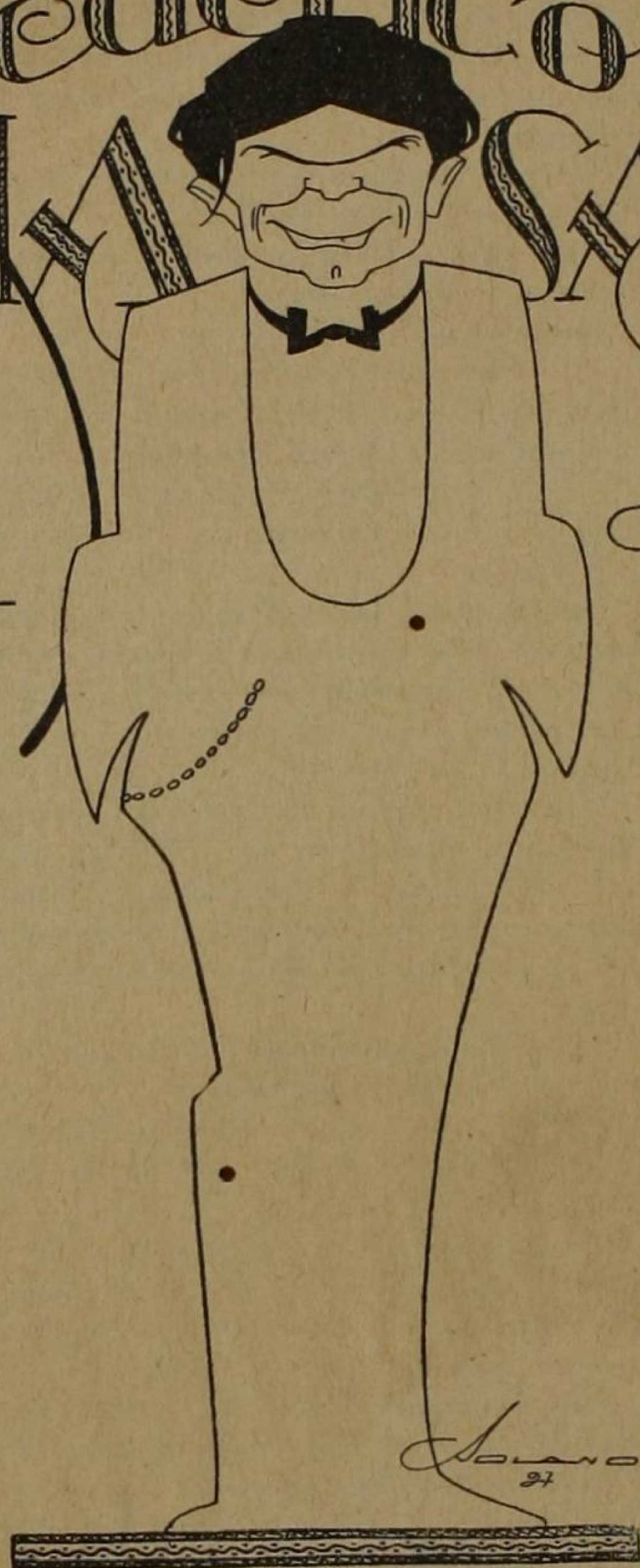
Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

MIGUEL OLIVARES

# Federico GARCÍA SANCHIZ IN AMÉRICA

MOISES  
VINCENZI



**De la frivolidad.**—Desde que Carlyle supo trascendentalizarla en sus páginas del *Sartor Resartus*, pedes- talizando su efigie sobre la filosofía de los trajes y los palillos de dientes, no cabe duda de que la *Frivolidad* entró, en mangas de camisa, a todos los salones suntuosos, sin el menor miedo a las lunas de los espejos, o a las charlas anacrónicas de las Academias. El escritor inglés nos recordó la simpatía de la cultura helena, en cuyos dominios se alcanzó a admirar, tanto las sentencias de Platón o de Sócrates, como las sátiras del cínico, puestas frente a la gracia de las musas y a las charlas de opereta de los sofistas. Lo frívolo con lo suntuoso, lo suntuoso y confortable con lo profundo, lo dionisiaco que es una levadura de todo, con la serenidad imperturbable de las mitologías, que es una abstracción amable y sonriente como sus Gracias, o como los gañanes coperos del Olimpo.

Pero, muerta o dormida la cultura griega, las academias salieron en persecución de las deidades frívolas, anes- tesiándolas con la consejería de las Kábalas, o con la alquimia rumorosa de los cataclismos dogmáticos, a través de edades no sé si epilépticas en el fondo, o sonámbulas en apariencia. Lo cierto es que la sonrisa se quedó para las mujeres, mientras que los hombres se metían a caballeros de lanza y espada, convertidos en espanta-ejércitos, en caza-ladrones, hasta el momento en que don Quijote cinceló las suyas y mató los libros de caballerías. La risa había retornado trágicamente a costa del ideal, pero había llegado a des- ternillar las hileras mismas de los siglos, según confesión confirmada de don Miguel de Cervantes Savedra.

Luego se reintegró la *Frivolidad* a sus dominios, demostrando ser perso- naje de casta, maduro en años y en engaños, ducho en cabriolas, en sar- casmos, en naderías, en simbolismos; li-

gero para todos los caprichos del es- tilo y de la danza; fugaz y hondo a un mismo tiempo, como la *Lógica* de Aristóteles, o como las sentencias de Plotino de Alejandría, o como las bur- las o críticas de Aristófanes.

Y ahora, caballeros, la tenemos muy señora del mundo, a pesar de todos los laboratorios de Europa, de todas las revoluciones de América y de todas las fantasías del Oriente.

**Después del prólogo.**—Se ha ha- blado de la *Frivolidad*, sin definirla, por frivolidad. Mas no es posible, sin embargo, dejar sin hacer el inventario de sus amenidades; y, para esto, mejor es presentarla viva, en escenario, para que el público acaricie sus gustos y la admire y la ame como a un ídolo, si no exótico, que lo es en sumo grado, aristócrata por esencia, y, por capri- cho. ¿Y quién mejor, entre los escri- tores de habla española, para repre- sentarla que Federico García Sanchiz? Por lo que él hace, por lo que él ama, por lo que él escribe, este brujo, an- dariego como él sólo, aparece en pre-

sencia de mi público, entre una cañonada de aplausos.

Se le ve aparecer tranquilo, con el cráneo encasquetado de cabellos negros, altiva y sencilla la diestra, mesurado el andar, la mirada pe- netrante como una flecha de bam- bú oriental; y se le siente, desde la primera palabra, como a una ema- nación de perfume, que comprara en París, y que, hubiese vuelto a en- frascar en Japón y regado en más de una cabellera de América, con la caricia impalpable de sus dedos de porcelana; y se le oye como a un mago cosmopolita que ha pasado por todos los deleites del precio- sismo, hasta llegar a improvisarlo con una casi desdeñosa cortesía don- juanesca, que hace sufrir a los ca- balleros y sonreír apetitosamente a las damas.

Nos habla con el recurso de to- dos los matices y los medios tonos, acostumbrado como está a la contem- plación enigmática de los colores, de Sor Brujas, creándola a sus ojos y a los nuestros, grande y eterna en un misticismo que no presumió el genio poético de Rodenbach. La Brujas de los canales, de los carillones misterio- sos y dolorosos, con ese dolor que sólo conocen los románticos de la cultura, cobra, para él, un valor objetivo y es- piritual, moderno, que acaso no niegue la otra, pero la explica y la amplía devolviéndole la fuerza de inmortalidad que tal vez han querido negarle los industriales escépticos de esta época, adormilada para cierta sensibilidad inédita.

*Frivolo*, García Sanchiz, nos demues- tra que la ligereza es original y crea- dora, entre sonrisas y entre colores y entre formas de un plasticismo pagano y místico, si queréis. Porque la *Frivoli- dad* no alcanza perfección en la cadu- cidad, sino en la juventud ática que engendra dioscellos picarescos pero inmortales, sonrientes pero fecundos en su espiritualidad multiforme. Y, con es-

te afán casi doloroso por lo espontáneo, de creación optimista y dúctil, encuentra cierta llaneza en la palabra, que nos obliga—singular paradoja—a escucharlo con una seriedad hija de una estimación tomada por asalto en que se han atado las manos del crítico con lazos de seda o con eslabones de oro repujado. Agresivo como resulta García Sanchiz, tomándonos el corazón con sonrisas y con ciertas miradas que valen por un comprimido peligroso de melinita, se acepta sin prólogos, sin discusiones banales. Continúa, entonces, su paradoja anímica con sus charlas líricas, inimitables por lo sonrientes, por lo sutiles, por lo profundas, si tenéis oídos para saber escucharlas.

Y, como no hay nada que para entrar en el alma no pase sobre el alfombrado de las retinas, se nos aparece haciendo de poeta objetivo, sensual, voluptuoso en la concepción de los valores, de las formas, hasta llegar, colmado de belleza, el significado de las noches, de las montañas, de los trajes, de las aguas, de las piedras preciosas, de las carnes, del amor, de la muerte, orlándolo todo con la *Frivolidad* inimitable de su espíritu. Es una síntesis en que no se descuida la descripción minuciosa de la realidad por el milagro romántico del ensueño, como ocurre con los que hacen monografías poéticas.

Ahí lo tenéis conquistando aplausos, precisamente después de los pasajes confidenciales, en que la voz apenas llega al público como un arrullo de alondra, como un maquiavélico canto de sirena que todo lo embruja, hasta las puertas mismas del silencio.

Los latiguillos verbales se quedaron para los discursos de Academia y las alocuciones docentes. Ya, después de escuchar la sobriedad lírica de García Sanchiz, se promete, con las manos sobre el pecho, no volver a proferir palabra en público, y, sobre todo, no intentarlo enfrente de aquellos que han sabido escucharlo.

En suma, García Sanchiz ha creado su propio género oratorio, trasladando a las tablas la exquisitez parisina de los salones y la voluptuosidad refinada de Oriente; trasmitiéndole a la palabra el encanto dinámico del nirvana, entre una suave eclosión de pétalos de loto, que se vierten, sobre el auditorio, como una lluvia paradójica de misticismo pagano, oloroso a riberas del Ganges.

Desterrada de su estilo la sonoridad académica, su voz ondula, serenándose, o irizándose, según el esmalte que incrusta en el motivo, en el período, en el ritmo verbal, que alcanza, a veces, la repercusión de las escalas musicales, o la diafanidad poemática de los cantos antiguos del Asia; o la picardía de las sátiras florentinas que

se lanzan como estiletes de plata, o de oro, con la mano enguantada, sobre las solapas negras de los caballeros; o la alusión sensual que se lanza como una serpentina de seda sobre las cabezas y los hombros de las mujeres, enredándose entre sus dedos de rosa y sus abanicos de marfil; o el chiste que hace juegos azules y rojos y verdes y amarillos, como las tardes de primavera de la India, cuando los mahatmas encantan a las serpientes al son de sus flautas y cuando se entrecierran los párpados como cortinillas de encaje o de cristal o de porcelana, al influjo del opio.

Es lo que no había existido jamás en la oratoria: un género que necesita, para ser explicado, acaso una terminología exótica. *Charlas líricas*, las denomina el mundo; pero son conversaciones de orfebre alucinado por la maravilla de los viajes, de los colores,

de los olores, de los sonidos, de las formas y de las líneas: enbrujamientos de un Benvenuto de la palabra que cincela imágenes diminutas y las pinta con pinturas plateadas y doradas, en estuches del tamaño de bellotas de nuez, o en cajitas minúsculas como las uñas de las doncellas que arrulla.

Toda la modernidad de la imagen, toda la intención voluptuosa, con toda la gracia cosmopolita, que es la característica de tal arte oratorio. Sonrisas y dulzuras, en la sobriedad y la gallardía castellana, y todo sobre orquestación milagrosa de la sabiduría, por el laurel perfumada, de Atenas, la exquisitez de la Francia contemporánea y los misterios amarillos del Asia legendaria.

MOISÉS VINCENZI

San José,  
Costa Rica.

## El hijo de Joao Cândido

=De *La Nación*. Buenos Aires.=

NUNCA se ha dicho hasta ahora la verdad sobre los acontecimientos que se desarrollaron en la bahía de Río de Janeiro en el año de 1910. Mucha gente, interesada en esos sucesos, tendrá especial agrado en conocer su origen dramático.

En 1910 la muchacha más bella y espiritual en los salones de la capital carioca era Albertina Sampaio Leite, hija única del Almirante Sampaio Sestao.

Este marino, conocido entre los científicos brasileños por su obra titulada: *De Lima a Rio por el Amazonas*, tenía en la época a que nos referimos un ayudante de confianza, hombre de inteligencia muy viva y alguna ilustración, a pesar de la humildad de su cuna. Se llamaba Jao Cândido y era simple marinero de escuadra. Me parece estar viendo a ese joven vigoroso, de espaldas muy anchas, casi cuadradas, y unas piernas finas que permitían cimbrarse a su poderoso tórax, lo mismo que la cresta de las palmeras en tardes de *viracao*. Descendiente de una pobre familia de pescadores bahianos, tenía la piel de ébano y los dientes de marfil puro.

Albertina Sampaio Leite era una rubia de elevada estatura, con ese color de piel que sólo se produce en los portugueses después de muchas generaciones en el trópico, es decir, que parecía estatua de ámbar. Su cabellera rubia lujuriente, verdadera floresta individual en medio de todas las florestas brasileñas, se prendía en un moño puntiagudo, pidiendo ayuda a todo el vello de la nuca de tal manera que su cuello veíase destacado cual ocurre en las mujeres del Norte o en las estatuas. Si es verdad que en el iris del ojo se condensan todos los humores corporales, de tal manera que viene a ser como un compendio del cuerpo, diremos que Albertina revelaba unos órganos radiosos. Largas y crespas pestañas, como formadas por plumas de avecillas amazó-

nicas, sombreaban esos ojos lípidos y expresivos, aunque saturados por esa melancolía ingénita que es mejor dicho como una pereza elegante. Melancolía del aire, de las brisas, del atardecer como del amanecer. Bella dulzura languidecente de los rostros, de los cielos, de las palabras y canciones. Albertina emulaba esa naturaleza dulce, y de su habla melosa podría decirse con toda propiedad que era el romance portugués recitado a través de una caña de azúcar.

Pero, en medio de esta lánguida dulzura, de esa miel de ambiente, la pasión anida. Hay algo dormido sin duda, como esas montañas de la bahía que simulan un monstruo recostado, de perfil al cielo: *o gigante que dorme*. La mañana más bonita y serena en esa ciudad nerviosa puede traer una tarde de tempestad. Entonces parece que ese cielo de cristal se trizara y que reventara en mil explosiones seguidas, llevando a la tierra, ávida de fecundaciones, una catarata de agua tibia.

Joao Cândido, viviendo tan cerca de Albertina, concibió por ella la más descabellada pasión, y al mismo tiempo la más natural. Al fin, el pobre marinero no hizo sino escuchar las insinuaciones más puras y sagradas de nuestro organismo: la selección de la especie. Las naciones donde entrechocan razas de diversa extracción, definidas biológicamente como inferiores y superiores, sufren estos dramáticos estallidos. A veces son individuales; terminan con un hecho de policía. A veces son colectivos; cambian el mapa del mundo. Tal cosa ocurrió en Rusia, donde entrechocaron eslavos y mongoles; lo mismo aconteció en los albores de la civilización americana por el choque del español y del indio. Los malones obedecían simplemente al saqueo y rapto de mujeres españolas. La Ley de Lynch, en el Norte, está indicada para castigar al mulato que toma por la fuerza su tesoro.

Las razas diversas se encuentran como esas corrientes marinas que forman imponentes remolinos.

Vamos a la narración de los hechos crueles.

## II

La casa del Almirante Sampaio Sestao estaba situada en la rua das Laranjeiras frente a esa plaza de Alencar, tan llena de sombra y misterio, donde la vida de la ciudad parece disminuir en una tregua urbanizada, de arboledas, jardinillos, y viejos bancos marmóreos de la época imperial.

La casa de los Sampaio es conocida en Río con el nombre de *Janellas vermelhas*, o ventanas coloradas, por cuanto ese color está obligado por tradición en las persianas de la fachada por el lado de la plaza. Hacia la calle muestra un jardín y corredores, decorados con flores a la manera portuguesa. La mansión fué construída ni más ni menos que por el Duque de Caxias, ilustre antepasado. Los pilares son de piedra de Braga, y los azulejos provienen de la fábrica, ya extinta, de Evora, en Portugal. Por la parte de atrás muere la montaña circundante a la capital y se ve el Corcovado como si se viera encima, monstruoso, atabacado, con vetas de un verde violento en las vertientes. El jardín es húmedo y encierra un perfume fuerte de helechos y grandes flores inverosímiles, cuyos nombres nunca supe. Mariposas como aeroplanos de fantasía revolotean en el aire cálido.

—*Natureza superba*, dijo el almirante, mirando por el corredor.

Un solo celaje pasaba por el cielo de color añil como mensajero del Infinito.

Albertina suspiró tímidamente. Tenía sus ambarinas manos afiladas encima de un libro de Balzac que acabara de leer. Un traje vaporoso, de color verde pálido, marcaba suavemente su busto y se detenía a la altura de los tobillos dejando ver el pie torneado en las babuchas finamente trabajadas con lentejuelas e hilo de plata.

Su madre, en otra silla, permanecía con la vista fija sobre su labor, tejiendo ma-

quinalmente. De pronto clavó las agujas en el brazo de la silla y dijo:

—¿Qué te pasa, nena mía?

—No se, madre. Nada.

Albertina volvió a suspirar. El celaje solitario avanzaba y avanzaba por el cielo como una noticia cerrada para quien sabe quién.

—Algo te pasa. Dime. ¿Qué me acultas?

—La verdad, dijo Albertina. Estoy inquieta por la partida de Manoel.

Era su novio el teniente Manoel Alves de Sousa, del «Sao Paolo», cuyo viaje a Bahía, en maniobras, estaba anunciado en todos los periódicos.

Atardecía. El rumor de los insectos nocturnos, adormecidos por el sol y despertados por el vespero, se elevaba por el jardín en la penumbra dorada. No hay descanso en la fábrica inmensa de la naturaleza.

Terminados los trabajos del día empiezan los de la noche con una sonoridad de música bajo la bóveda inefable. Hondo, augusto y grave, escuchábase ese rumor que precede a la noche y que viene a comprobarnos la eterna e incansable evolución de todo.

Las pestañas de Albertina, como alitas del pájaro «Perereca», temblaban en un ansia de cerrarse para soñar.

Una sombra pasó por el jardín, y a poco se escuchó una discusión terrible en los aposentos del almirante.

Los gritos eran, ora sordos, llenos de encogida rabia, ora estridentes como pistoletazos o golpes de foete.

—¡Mulato! ¡Infame! ¡Mulato! Se oyó que gritaba el almirante Sampaio.

Albertina corrió a los brazos de su madre con los ojos grandemente abiertos, cual esas madonas aterrorizadas a la vista del madero sangriento.

Tres hombres pasaron por el corredor. Pudo verse claramente la cara impávida del marinero Joao Cândido. Tenía la gallardía y el color de esos portadores de palanquines de Cleopatra; los labios avanzados como estigma de la lujuria racial; los ojos de esclerótica amarillosa; la cabe-

llera caracoleada. Y en medio de ese desorden y con esos rasgos africanos era interesante y noble. La cabeza viril, levantada, y los ojos desdeñosos y dominadores lucían una nobleza lejana, dilatada desde la noche de la historia.

El almirante llamó aparte a su esposa y le dijo gravemente, cuando su hija hubo salido:

—Ese canalla que acabo de expulsar de mi casa...

—¡Joao Cândido!

—Sí. Ha venido a pedirme la mano de Albertina. «¡O ella o el Brasil!» me ha dicho.

—«¡O ella o el Brasil!» ¡Santo, cielo! exclamó la señora y corrió en pos de su hija como para sentirla muy cerca, consciente del peligro grave que la rodeaba.

## III

Al siguiente día los diarios anunciaron que la escuadra brasileña, consistente en dos acorazados poderosos, se había sublevado al mando del marinero Joao Cândido. Esto ocurrió en 23 de noviembre de 1910. El día era tan hermoso como lo fué en París el 1.º de agosto de 1914, probándonos que el Sol, amo y señor de la vida, es indiferente a los dramas del género humano.

Era, sin duda, una fiesta para los ojos, la vista de esos potentes artefactos guerreros, con sus torres de combate y sus cofas, desafiando a la ciudad, corriendo de un lado para otro entre los arrecifes, islotes y angosturas múltiples de esa bahía que es sin duda el broche maravilloso que cerró los siete días de trabajo del Creador.

Esos acorazados, sólidamente anclados, habían llegado a formar una parte del decorado suntuoso de la capital; eran el complemento de esa bahía con islotes como lomos de ballenas. De pronto se colocaron un penacho rojo y echaron a evolucionar probando que eran la parte móvil, advendiza del paisaje.

Toda la ciudad se estremeció como un proscenio en el momento que cambian una gruesa decoración, y el Palacio de Cattete se hizo el centro de los rumores más alarmantes.

El general Hermes da Fonseca, el Presidente, hombre sólido, chiquito y de color ladrillo, como general francés de Alger, declaró enfáticamente que no trasladaría la capital a Sao Paolo. «Meu lugar e aquí» pronunció, prolongando esa cosa de parodia que tiene nuestra historia americana. ¿No es parecido al *j'y suis j'y reste* de Thiers?...

El Barao de Río Branco, potente Bismarck de jipijapa, tal como lo ví entonces, tenía un cráneo poderoso. De levita y pantalón blanco, se encerró en Itamaraty. *¡Qué vergonha de incidente!* El hombre que había agrandado al Brasil en miles de kilómetros cuadrados maldijo a ese marinero que le daba el conflicto más grave de su vida.

¿Qué quería Joao Cândido? Posiblemente el único que podría responder era el Almirante Sampaio. Esa revuelta sorda de marineros de color alentaba un informe deseo de revancha e igualdad. Pedían la abolición

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga **Cervecería TRAUBE** se refiere a un em-singular en Costa experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

## FABRICA

## CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

## REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

## SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

de la *chivata*, la amnistía de los presos, el mejoramiento de las raciones. Joao Cândido era Espartacus. Querían vivir con la gente blonda y como ella. El equilibrio definitivo, que dice Graca Aranha en *Canaan*. «¿Por qué no nació mulato?»

En esa naturaleza sorprendente, donde el norteamericano puso la garra de la *Lighth and power*, se forma un hombre nuevo. La naturaleza allí es avasalladora y aplasta al forastero; la gente más fuerte, más activa, más caucásica del mundo, a la segunda generación se *abanana*. Los músculos están solamente en esas montañas erigidas con agresividad de puños; la fuerza está en esas cascadas, en esas rocas partidas, hinchadas o desvencijadas; en las flores vultuosas, en los insectos hipertrofiados y los frutos aumentados en un sesenta por ciento. Hasta el agua de mar en Copacabana parece querer solidificarse con una consistencia gelatinosa que nunca ví en otra parte de la tierra.

La revolución de la escuadra fué un síntoma de aglutinación étnica.

El Parlamento, a cuyas sesiones asistí, se vió dividido en partes que diríamos alícuotas del problema. Monteiro, de color, defendió la amnistía; Machado, señor lusitano, pidió el castigo en esa oratoria de orquídea. «¡Yérguete de tu tumba Floriano Peixoto! Anima con las energías de tu espíritu el alma atribulada del Mariscal Hermes. Dile que repita el ejemplo estoico del íntegro Prudente de Moraes y enséñale tranquilo la apoteosis de gloria inmortal que te engrandeció en el corazón de la patria. Juro, juro por mi honra en el altar de mi patria que estoy con el Mariscal. Apagaré, aniquilaré mis quejas y resentimientos para no conceder la amnistía, en holocausto al honor y tranquilidad del futuro...»

Confuso y retumbante como esas tempestades. La mitad de la Cámara le gritó: «¡Apoyado!» La otra mitad le invectivó. Y, noté una cosa muy curiosa: el defensor de la amnistía, a las veces, defensor de la gente de color, fue Hasslocher, de origen alemán. Ya estaba equilibrado con el país, modelado por esa potente y maravillosa naturaleza.

¿Qué quedaba en él del alemán frenéticamente orgulloso de sus Walkirias y de su disciplina blonda?

«Si no se concede la amnistía esta tarde, bombardearemos la ciudad» dijeron los mensajes del marinero. Algunas granadas se anticiparon, haciendo volar trozos de lujurante vegetación en el escorzo del paisaje. Cuatro ejemplares humanos reposaron también en el *Necroteiro*, mostrando el nácar y el coral de las entrañas.

Esas granadas, ese cielo, esos acorazados, esa vegetación, obedecían al amor.

#### IV

En pocas horas todo el decorado entró en movimiento, como si un timbre, echado a tocar en esas montañas de esmeralda, desgranase la cuerda de la bahía. Los acorazados dispararon; las islas, como hipopó-

tamos dormidos, o ballenas varadas, se llenaron de vida; asomaron cañones y periscopios cual si pararan las orejas. Desde las eminencias vióse el plano de la ciudad trepidante. Espectáculo infinito de grandeza.

Río, con su bahía circular encendida de noche, es el collar de perlas de la tierra. En esas circunstancias se paralizó su vida voluptuosa y las mulatas dieron tregua a sus andares quebrados en las multicolores percalinas; los autos laxos que pasan con enamorados a Beiramar, fueron reemplazados por las beligeras motocicletas militares. Se formaron regimientos de *atiradores*. Los partes de los revoltosos iban firmados así: *marineros ciudadanos brasileiros*.

Los generales Dantas Barreto, Tertuliano Pontiguara, Irineo Assis junior y el mariscal Pires Ferreiro fueron al Palacio Cattete donde se celebró Consejo de Guerra.

Era difícil aceptar la amnistía existiendo el alevoso asesinato de oficiales pundonorosos, cuales Baptista das Neves y Alves de Sousa.

El segundo día de revolución fué llamado a tratar con los revoltosos el Almirante Sampaio Sestao. Con grave peligro de su vida el bravo almirante se presentó en la cubierta del *Minas Geraes* a las cuatro de la tarde. La amenaza de bombardeo general de la ciudad era para las cinco.

#### V

Albertina Sampaio supo la muerte del teniente Alves, su prometido, y no dijo una sola palabra. El sol cantaba en la casa *das janellas vermelhas*. Esa misma mañana, su vieja nodriza bahiana le había llevado de regalo un *cachoeiro*; ignorante de todo. Enormes mariposas azules, con alas como de nácar, volaban ceremoniosamente entre las flores.

Albertina dejó de llorar, internando más y más su dolor. Sus manos adquirieron una blancura seráfica, como de Santa Cecilia.

Cuando llegó el Almirante se sorprendió de ver a su hija tan alentada en medio de la horrible desgracia para ella y para la patria.

—¿Qué dice el marinero? preguntó Albertina.

—Ese canalla dice que empezará el bombardeo esta noche, a las diez en punto.

—¿Por qué te llamó?

—El infame intentó proponerme una cosa, una condición.

Albertina sintió que toda su sangre fluía al cerebro; nubláronse sus ojos; sus manos cayeron como lirios tronchados y su boca quedó muerta como un ruiñeñor.

Cuando partió su padre, fué a su habitación, rezó a *Nossa senhora da Conceicao*, puso un chal en sus espaldas y bajó corriendo por el corredor hasta la puerta de calle. Vió la ciudad patas arriba; las casas cerradas; los coches partiendo a Petrópolis; la gente arrebatándose los periódicos. Corrió y corrió, cubriéndose bien con el chal. Cuando llegó al Caes Pharoux el lancharo la miró embelesado: «¿La hija del Almirante Sampaio?»

—Sí, yo soy, dijo Albertina. Llevadme en el acto al *Minas Geraes*. Mi padre lo manda... Nunca bogó heroína más hermosa por la bahía sin igual.

La lancha fué surcando la onda indiferente, como hacen su camino el bólido, la estrella, los soles, las mareas y los vientos...

La ciudad supo la misma noche, poco antes de las diez que el motín había terminado.

Los barcos revoltosos se entregaron casi sin condiciones.

#### VI

Han pasado 17 años desde entonces. Joao Cândido murió en prisión, del beri beri. Así dicen. El Almirante Sampaio Sestao se suicidó el día 27 de noviembre de 1910.

Albertina Sampaio Seité es Sor Purificación en el Convento de Carmelitas descalzas de Recife.

Y en todas las reuniones sociales de Río la gente susurra, se arremolinan las conversaciones como hojarasca en vísperas de temporal cuando pasa un esbelto joven de mirar altivo y desdeñoso, con relámpagos de audacia en la frente poderosa. Es Alberto Cândido Sampaio, hijo del motín. Sus ojos de esclerótica amarillosa se destacan sombríos y amorosos en la piel ambarina con venas azules.

Los fluminenses le saludan con respeto. Es la pasión que pasa como una bandera.

JOAQUIN EDWARDS BELLO

## Magda Portal pone al descubierto la fealdad de la tiranía que azota al Perú

Lima, 15 de junio de 1927

Sr. Joaquín García Monge

San José

Estimado colega:

Por los cables sabrá usted los últimos atentados perpetrados por el régimen de tiranía que impera en este país, en las personas de todos los intelectuales de vanguardia y de la mayoría de los obreros que militan en las filas de izquierda. Sabrá usted

esto, pero desconocerá en absoluto la verdad de las represalias y la verdad de la especie comunista voceada.

REPERTORIO AMERICANO representa hoy el portavoz de la nueva conciencia de Latino-américa; por eso quiero que también lleve la protesta del grupo intelectual que en el Perú todavía se siente libre de la imposición conservadora y burguesa, por lo menos, espiritualmente. Y como actualmente de ese grupo sólo yo quedo en relativa libertad individual—ya

que estoy atentamente vigilada de la policía y en vísperas de ser deportada—aprovecho para relatar a usted y por su intermedio a los lectores de Latino-américa, los bochornosos sucesos acaecidos últimamente, y que se ha dado en llamar «complot comunista».

Usted conoce la ideología de José Carlos Mariátegui, que capitaneaba al grupo izquierdista—conoce *Amauta* y mas o menos, el movimiento de renovación que se operaba en nuestro fofo ambiente, renovación tanto ideológica como artística, y que extendía su acción hacia la clase trabajadora, por medio de las U. P. fundadas por nuestro compañero Haya Delatorre.

En este país la degeneración política llega a los últimos grados, y se ve el caso de sacrificar en aras de una ambición personal, algunos cientos de personas.—Como en el caso presente, en que la cartera de gobierno se encuentra vacilante y para sostenerla se inventa el *bluff* comunista comprometiendo a más de 300 personas, de las cuales más de 100 están en la isla de San Lorenzo, nueva Bastilla peruana; otros en in-

mundos calabozos; otros desterrados ya, sin que se sepa su rumbo, y lo que es más criminal, José Carlos Mariátegui, enfermo de gravedad, inválido de las dos piernas, encerrado en un calabozo en el hospital militar, sin ninguna atención médica, incomunicado, un hombre que no puede valerse por sí mismo.—Creo que en el momento que le escribo, Mariátegui declara la huelga de hambre; esto quizá no lo transmitirán los cables—pero es preciso gritarlo bien alto para que se conozca que en el Perú vulgares gamonales para sostenerse en la amistad del déspota Leguía, asesinan impunemente a los más notables intelectuales y obreros que tienen la osadía de no pensar como ellos.

Otro de los actos canallescos de este *bluff* político es el que se refiere a la deportación de la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, una mujer demasiado joven y que realmente no tiene ninguna participación en el movimiento de renovación ideológica del Perú, ya que su labor ha quedado reducida a recitar poemas del poeta Parra del Riego, y de ella.

La candorosidad de los políticos ha querido ver en ella una peligrosa agitadora, allí donde sólo había entusiasmo y aplauso, y sin tener en cuenta la amistad que nos une con el libre pueblo uruguayo, le ofende declarando a Blanca Luz elemento pernicioso.

Hace rato que hubiéramos hecho oír nuestra protesta si hubiera una sola imprenta donde imprimir un volante, pero aquí estamos absolutamente reducidos a silencio porque la amenaza es fuerte y el castigo peor: —por eso creo que de nuestros países hermanos, unidos por aspiraciones comunes, es que debe salir la protesta por estos incalificables atentados.

Como es muy posible que en breve tenga yo que abandonar el país, de cualquier otro punto de Indo-américa seguiré dándole detalles del *bluff* comunista que en estos momentos de intensa tensión nerviosa, le hago conocer tan sucintamente.

Mientras tanto cuente con la más alta estimación intelectual de su colega y amiga.

MAGDA PORTAL

## Los maestros humildes

(En el Día del Maestro. 1927).

A vosotros que ya nadie nombra,  
cuyos labios secó la amargura;  
a vosotros que estando en la sombra  
dísteis luz a las caras rehacias,  
con la risa más clara y más pura  
venimos a daros las gracias!

Aquí estamos, oh muertos  
que al vernos quedáis pensativos,  
con los ojos abiertos,  
más abiertos que los de los vivos!

A pesar de ayunos y tantos quebrantos,  
cayó en todo surco vuestra luz solar.  
Pálidos de ensueños y ojerosos de llantos,  
vosotros sí fuísteis los santos:  
¡por eso las almas vienen a adorar!

No para vosotros será la elegía;  
sino la alegría  
de ardiente esplendor!  
Ya fue el cumplimiento de la profecía:  
es más fuerte  
que la muerte  
el Amor!

Han vuestras palabras desaparecido;  
pero no todas ellas fueron al olvido,  
aquellas palabras que no pasarán.  
Blancos de flores,  
semillas de amores  
ruedan en los vientos.  
¡Fuísteis los hambrientos  
que iban por el mundo repartiendo el pan!

A vosotros—más grandes cuanto más pequeños—  
de ojeras de llanto y mirar de ensueños,  
maestros de brazos abiertos como el de la cruz!  
¡Arde este día de diamantes puros,  
maestros oscuros  
que estáis dando luz!

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, D. F. 15 de mayo de 1927.

## Mater inviolata

Un niño, en el hospicio, va a morir ya.  
Sor Bendita, velando, junto a su almohada está.  
Las manecitas pálidas en la sábana blanca  
tiemblan, y la boca tan sólo un nombre arranca:  
«Oh mamá!». En el dolor de la triste agonía  
se le apagan los ojos: no ve, mas todavía  
muy quedo, como un eco, «Mamá, mamá!» exclama.  
Sor Bendita se siente arder como una llama,  
y al sentirse divina, dulce y maravillosa,  
dícele tiernamente, con voz honda y piadosa:  
«Mamá está aquí, hijo mío. Ya mamá ha llegado.  
Estaré aquí contigo hasta que estés curado.  
¿No sientes mis caricias, los besos de mi boca?  
Ya pronto viene Abril, que con su infancia loca  
te hará de nuevo alegre, te hará de nuevo verme.  
Mas por ahora duérmete, junto a tu madre duérme.»

Queda tranquilo el niño. Su rostro moribundo  
traduce en la sonrisa su contento profundo  
ante los convincentes labios de Sor Bendita.  
Así salvó aquel niño la región infinita.

Mas en la aurora próxima, cuando el sol asomaba,  
halló que todavía inmóvil se encontraba  
la monja: junto al niño, sublime, de rodillas,  
con luz en las miradas, rubor en las mejillas;  
y absorta en un espasmo de visión legendaria  
el amor le agitaba su vida solitaria.  
...Sobre la extensa pampa de un mar glauco y sonoro  
vió ella que se abría una puerta de oro,  
y que en las misteriosas ondas ella se hundía.  
Comprendió... Y tembló... Y sintió que moría...

ADA NEGRI

Traducida por R. E.  
para Rep. Am.